

# JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA

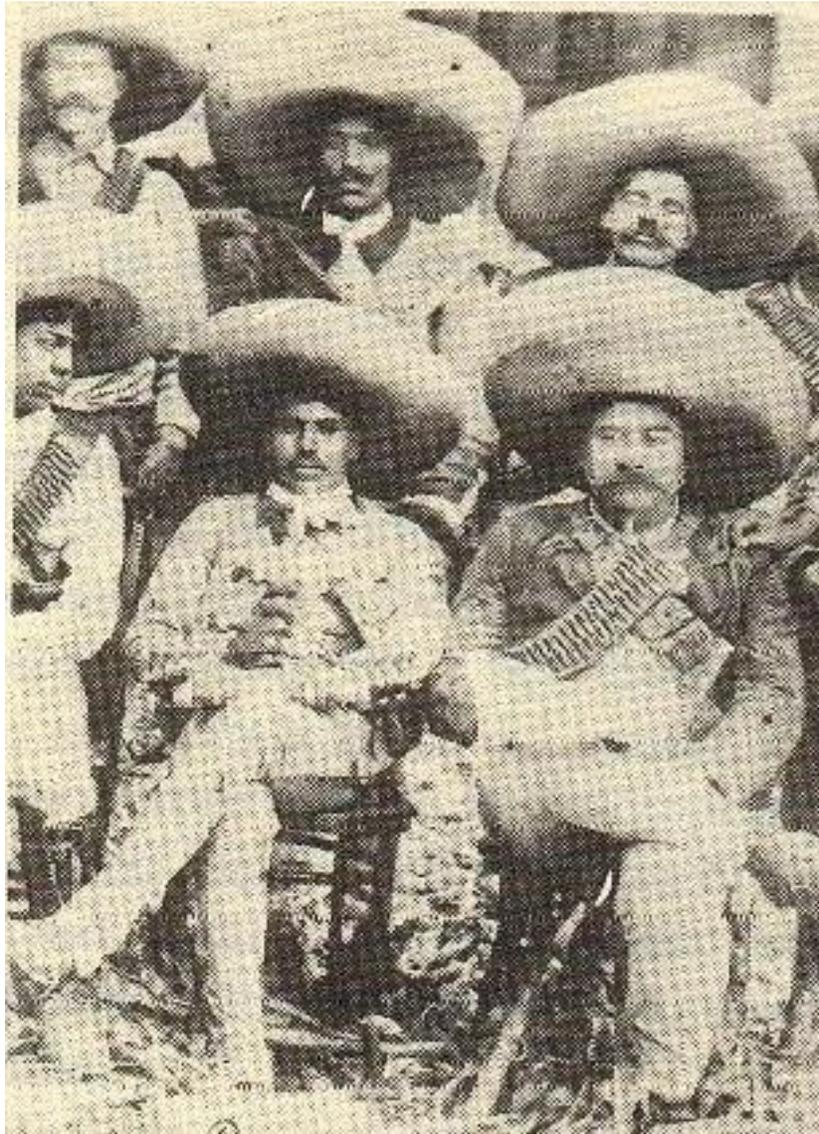
El terror de Michoacán



# APUNTES BIOGRÁFICOS

DE

JOSÉ INÉS  
CHÁVEZ GARCÍA



En su juventud mostró inclinación hacia los servicios religiosos y llegó a guiar los Rosarios de tal manera que el Sacerdote de Presa de Herrera, lo nombra Celador del Apostolado de la Oración. Inés mismo, es el encargado de portar el estandarte del Sagrado Corazón, encabezando a los vecinos, que concurren al Templo, los viernes primeros de cada mes.

Los vecinos de Godíno, Villalongín y Puruándiro, expresan: “JOSÉ INÉS se echó a perder cuando anduvo con Joaquín Amaro”.

### “INGRESA A LA REVOLUCIÓN”

Un incidente familiar, en que se manifiesta la energía paterna, hace que José Inés salga hacia la entonces Villa de Zacapu, que fue en cierto modo durante algún tiempo: Cuartel General.-

Se necesitan brazos para el corte de trigo en la Ciénaga, sentenció su padre; Esto lo hizo decidir por otros caminos; lo acompaña su amigo y coetáneo: José Zavala; los dos están ilusionados.

Chávez era muy pobre, por lo que ingresó al cuerpo de rurales donde le proporcionaron armas, un caballo y montura. Sabía que los rurales extorsionaban al pueblo, y deseaba tener algo para mandar a su madre, a la que adoraba. Cuando Huerta mató a Madero, Chávez desertó, uniéndose a las fuerzas del rebelde Gertrudis Sánchez; luego se fue con Joaquín Amaro, pero cuando éste se hizo carrancista, lo dejó. Chávez declaró; “No sabía yo ni por quien peleaba. Como Carranza y los suyos me <me caían muy gordos>, pos mejor formé mi grupo con unos <mulas> como Cíntora, Roa, Silva, Tejeda”.

A fines de abril de 1911, Zavala insta a José Inés para que se den de alta en las filas del Ejército, presentándose ambos al Cuartel. José Inés, al enlistarse, como era muy usual entonces, da sus apellidos invertidos, utilizando primero el materno y luego el de su padre; es así y se hace célebre: “JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA”

Los dos amigos piden permiso para recoger sus pertenencias del Mesón donde se alojan, pero allí, Zavala se arrepiente y decide regresar a Godíno, sin más reticencias, la vida de soldado No es para él. En cambio, la determinación de José Inés es firme; reprende a Zavala por su falta de hombría; éste más tarde en Puruándiro contará estos hechos, pero fue el quien incitó a su amigo y compañero a que ingresara a la Revolución. Zavala queda de anónimo en Godíno, en cambio para Chávez García, empieza la negra fama que lo convierte en “EL TERROR DE MICHOACÁN”.

Poco tiempo después, las tropas que manda el general Gertrudis Sánchez, y en las que milita José Inés, quedan al mando directo de Joaquín Amaro, quien andando el tiempo, se convierte en el ángel negro de José Inés. Amaro figura entonces como maderista, pero de cierta independencia y de dudosa lealtad; más tarde, pacta con el general Francisco Murguía, de filiación carrancista. Pero en honor de la verdad, ninguno sabe cumplir compromisos.

En 1914, Chávez García era cabo de una escuadra (contingente montado de once hombres) de rurales, que operaba en Michoacán, bajo el mando inmediato de Francisco Cárdenas, uno de los asesinos del presidente Madero después del cuartelazo o Decena Trágica.

El 15 de diciembre de 1914, se firma en Morelia, Mich., un pacto en el que intervienen los generales de División del Sur; Gertrudis Sánchez, Joaquín Amaro, Cecilio García, Emilio Orozco, Anastacio Pantoja (del cual era segundo José Inés Chávez García), Alejo Mastache, Martín Castrejón, José Rentería Luviano y Epifanio Rodríguez; y el general jefe de la Segunda División del Noreste: Francisco Murguía y el general Enrique Estrada. Fue el resultado del acuerdo tomado en el lugar denominado: La Goleta (cerca de Morelia) días antes. El documento establecía que: “Uniremos nuestros elementos, para combatir la reacción”. Pero cada quien iba a lo suyo: las chaquetas eran de todos colores.

El 20 de diciembre, cinco días después de la firma del famoso cuanto inútil Pacto, el general Martín Castrejón, ex-sanchista, que se pasó a las fuerzas de Murguía, con doscientos hombres, se apoderó de dos carros de arroz de Lombardía, Mich., que custodiaban José Inés Chávez García, en Ajuno, Mich. De los cien hombres de Chávez García, murieron cinco y quince resultaron heridos.

Por su parte, y por indicaciones de Gertrudis Sánchez, en desquite, Joaquín Amaro atacó nueve días después la retaguardia de Murguía en el cerro de las Vueltas (que está en el camino de herradura, entre Uruapan y Parácuaro, Mich.)

El primer aviso de la defección, fue un cañonazo que arrojó Pantoja sobre las fuerzas carrancistas, en los enormes paredones de la Carátaca; en esos lugares tan impropios para un combate, y propicios para la sorpresa, llenos de vericuetos y profundos barrancos. Murguía perdió su artillería y su impedimenta cuanto ya sus avanzadas rebasaban la Hacienda de los Bancos, Mich.

Pero el 31 de diciembre por órdenes de Murguía, los generales Enrique Estrada y Díaz Courder, batieron a Amaro y recuperaron impedimenta y artillería.

El Pacto había sido auténtica farsa y sus firmantes nunca cumplieron el compromiso contraído con su firma. Claro que hay consecuencias, el 8 de enero de 1915, desde Tuxpan, Jal., Murguía denuncia a Carranza; “La traición de Gertrudis Sánchez”, y después de la segunda batalla de Celaya donde es derrotado Francisco Villa, comienzan las VENGANZAS.

Cada quien navega con la bandera que más le conviene, y Amaro, que ya aparece como carrancista, aprehende en Morelia al General Anastacio Pantoja, que había sido su compañero y lo remite al funesto cuartel carrancista de Romita, Gto., empapado con la sangre de innumerables víctimas, sacrificadas impunemente por las pasiones, los odios y las divisiones de partidos políticos. Allí fue fusilado Pantoja, pero antes de morir declara a Murguía: “Yo no fui quien atacó a usted en el cerro de las Vueltas, fue Amaro, usted sabe que quienes mandaban entre nosotros eran: Gertrudis Sánchez y Joaquín Amaro”.

Aunque los hechos reales fueron denunciados a Carranza y a Obregón, éste considera que por el momento, NO debe nombrarse Comisión Investigadora, y se “hecha tierra al asunto que tantas vidas costó”.

Pero el fusilamiento de Pantoja, sacude a José Inés, y lo determina a precisar su camino, más aún, cuando es aprehendido. El no estaba en Morelia cuando pescaron a Pantoja, y cuando a su vez lo toman prisionero, ya Amaro ha salido de Morelia. Caen presos otros oficiales de Pantoja; el Gobernador del Estado, General Alfredo Elizondo, no tiene nada concreto, ni personal contra Chávez y con la intervención de algún amigo, le perdona la vida y lo deja libre, solo que Chávez García, con esto, selló un compromiso: Vengar la muerte injusta de su jefe Pantoja y odiar y perseguir a los carrancistas, en una forma implacable y cruel, tanto, que simplemente al oír que se pronunciaba el apellido de Carranza, su rostro palidecía, se llenaba de rabia, y era entonces cuando cometía los más horrendos crímenes.

Aprovecha José Inés, la indignación que causó la muerte de Pantoja, entre sus amigos y paisanos, y en esa zona donde tenía más popularidad, encabeza una partida de rebeldes, acogiendo a la bandera del villismo.

Es entonces el temible bandolero que siembra el terror. Elizondo y Chávez se conocen bien, y el 21 de enero de 1916, inesperadamente, cuando el primero está empeñado en perseguir a su antagonista, ya convertido en rebelde, en el lugar denominado: Ojo de Agua del Pajarito, al pie del cerro del Tecolote, en Zacapu, Mich., por circunstancias especiales y descuido de vigilancia por ambas partes, se encuentran los dos generales (Chávez, ya tenía en el escalafón villista, el grado de General); a menos de tres metros, se quedan petrificados momentáneamente, y es el de Godíno quien primero reacciona, sacando rápidamente la pistola y dispara a boca de jarro sobre su contrario y siendo un buen tirador, pues asombraba a los que miraban la certeza con que pegaba a los blancos que le ponían, solo mata el caballo del Gobernador. Así salda una cuenta incidentalmente, Chávez García traía secuestrado a Ramón Aguilar, que fue años después famoso Cristero Michoacano, todo contaba para él.

Amaro es quién da a Chávez García, la lista de los pueblos que debe “CASTIGAR”, esto es: incendio, violaciones y estupros; ejecuciones y destrucción, pero también le proporciona los nombres de las personas que debe secuestrar para exigir rescate. A su vez lo provee de armas y parque.

De 1915 a 1918, Chávez García enarbola la bandera del villismo, pues incluso tiene una entrevista con el famoso Centauro del Norte, quien queda admirado y sorprendido, al saber las innumerables campañas y luchas que tiene con los carrancistas, en lugares tan impropios para combatir y en que casi siempre sale vencedor, sin contar con apoyo ni auxilio para sostenerse.

Amaro, por supuesto recoge el dinero, según revela uno de los familiares de Chávez García, que tuvo tres hermanos: Carlos Enriqueta y Julián; hacía algo semejante a lo del “Automóvil Gris”, en la ciudad de México. Las tropelías de Chávez García son incontables, hay mucho en su cuenta, y sin seguir ningún orden cronológico, mencionaremos algunos lugares y fechas donde aún se le recuerda con espanto:

Curimeo, Mich., 30 de agosto de 1917.- Degollado, Jal. (Antes Pueblo Nuevo), 24 de diciembre de 1917.- Yuriria, Gto., 2 de enero de 1918.- Santa Ana Maya, Mich., 5 de enero de 1918.- Huándacareo, Mich., 5 de enero de 1918.- Cuitzeo, Mich., 7 de enero de 1918.- Santa Clara del Cobre, Mich., 3 de marzo.- Pátzcuaro, Mich., 16 de marzo de 1918.- Ario de Rosales, Mich., marzo de 1918.- Cotija, Mich., 20 de marzo de 1918.- El Jaral Gto., 3 de abril de 1918.- Juriria Gto., 5 de abril de 1918.- Ario de Rosales, Mich., 8 de abril de 1918. San José de Gracia, Mich., mayo de 1918.- Pátzcuaro, Mich., 16 de junio de 1918.- Pero habrá que sumar también: Paracho, Jacona, La Piedad, Tacámbaro, Apatzingán, Ayo el Chico, La Barca, Moroleón, Taretan.

En Tancítaro, Mich., por un favor especial del Señor de la Misericordia, patrono de ese pueblo, se regresó repentinamente, cuando ya penetraba la primera calle de aquel lugar; y a pesar de que unos rancheros de Zurumútaro, pertenecientes a una Defensa rural armada, le hicieron unas descargas con sus carabinas treinta-treinta. Esto era suficiente para que Chávez García se hubiera puesto furioso, pues nunca perdonó a los habitantes de un pueblo, cuando le disparaban balazos: era la ruina para todos ellos.

Al entrar en Churintzio apresó al cura del lugar y le exigió 20 mil pesos o lo ahorcaba. El religioso se quejó: “¡General, no tengo nada, se lo juro!” Chávez se dirigió a unas mujeres que asustadas veían la escena: “¡Viejas mochas, si quieren salvar a su cura tráiganme 20 mil pesos!”. Ordenó que ataran al cura las manos por la espalda y que le pusieran una soga al cuello, para impresionar a las beatas. En ese momento llegaron cuatro de sus hombres al galope, gritando que el enemigo se acercaba. El caballo se asustó y corrió jalando la cuerda y el infeliz cura quedó colgado con la lengua de fuera. Chávez, furioso, fuese al soldado que cuidaba al caballo: “¡ya no podremos sacarle su lana a este cura cae.....! ¡Vámonos antes de que lleguen los federales!”.

Cuando llegaron los chavistas a la hacienda de La Noria, los habitantes para evitar que les hicieran daño, les ofrecieron un banquete. Chávez, después de beber bastante, agarró a Rosita, una chica del lugar y trató de forzarla. Ella corrió hacia la capilla. Chávez la alcanzó y tomándola de las trenzas, empezó a besarla. Rosita se defendió rasguñándole la cara. El bandolero, enfurecido al ver correr su sangre, sacó su pistola y la mató. Luego, con toda calma, mandó que la enterraran allí mismo.

## DETALLES DE SU VIDA EN PARTICULAR.

Vimos que Chávez García encabeza una banda de forajidos: eran unos hombres perversos, ladrones y asesinos, a quienes deja en libertad, para que cometan miles de atropellos. Pasa como un huracán, desolando todo lo que encuentra en su camino; profanador de honras y hambriento de sangre, mata sin piedad a todo el que se interpone en su cruel sendero; incendia pueblos, cautiva a los ricos, y los encierra en cuevas espantosas, cercanas a sus madrigueras; sus víctimas son martirizadas con enormes piedras amarradas en los tobillos; obtendrán la vida y la libertad, solamente entregándole una fuerte cantidad de dinero a base de oro. Las lágrimas, la sangre, las ruinas ennegrecidas de humo; las sementeras destrizadas, y el pánico reflejado en los rostros macilentos, de quienes lo contemplaron, dan

una vaga idea del terror que causaba este forajido, como el que provocaba Atíla con las hordas de hunos, los cuales a su paso destruían todo lo que encontraban, y se ufanaban de que ni el pasto del campo salía por donde ellos transitaban.



JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA, era de complexión robusta, chaparro, fuerte, de rostro moreno, feo, picado de viruelas y un lunar en el carrillo izquierdo, lampiño; de cuello muy corto y ojos oblicuos color café oscuro; son sus miradas profundas y terribles, como las de un águila, oscuras como su alma manchada por mil crímenes, llenaron de pavor y luto al florido Estado de Michoacán, cuando se posaron en él. Fueron una pesadilla y amarga tragedia, en toda su extensión; exceptuando la capital, durante los años de 1915 a 1918, en que sus hordas lo recorrieron como una bandada de monstruos apocalípticos; sin conocer la derrota ni el desaliento, ni la dispersión; Cerca de Jaral, mandó matar a bayonetazos a 90 personas que no pagaron el rescate que les pidió. Solamente en Peribán peleando contra el general Pruneda y el coronel Moreno, le causaron el primer desastre donde resultó herido levemente de un rozón de bala en el vientre y muchos de sus hombres fueron muertos”COMO SI EL DESTINO LE AVISARA SU PRÓXIMO FIN”. Los que sobrevivieron, huyeron a Purépero junto con su jefe.

Lo más notable de este temible bandolero, fue que se sostuvo esos tres años fatídicos, solo, sin esperanza de recibir auxilio por ninguna parte; no tenía Puertos marítimos para perrecharse. No contaba con armamentos, solo lo que le arrebatava al enemigo; no contaba con influencias de poderosos, ni dinero; nomás lo que le producían sus robos, saqueos y préstamos; y todo el terreno en donde operó, completamente impropio para una campaña militar.

Su secreto para triunfar, fue su astucia, valor, resistencia física increíble, conocimiento a la perfección del terreno que pisaba y su excelente caballada, con la cual nunca pudieron alcanzarlo, como lo demostró en innumerables ocasiones, sobre todo en el combate de La Calera, cuando el general Anacleto López, pretendió con su caballería cortarle la retirada, NO le vio ni el polvo a su contrario, que siempre pasaba como una tromba por los pueblos y serranías, anochecía en un lugar y amanecía en otro muy distante a la carrera como los apaches, como los indios dacotas y pieles rojas, moría un caballo reventado de cansancio y era reemplazado por otro de mano que ya llevaban preparado.

Tenía Chávez García una fuerza física admirable: duraba hasta tres días y noches sin bajarse del caballo, sin comer, sin dormir, sin descanso alguno; una cosa increíble pero comprobada por sus compañeros, era que estaba en la flor de su vida, en la plenitud de todo su vigor, pues murió a los veintinueve años, siete meses de edad.

Fue un gran jinete, los mejores caballos que montó fueron tres, aparte de que siempre tenía ejemplares, hermosos y de sorprendente resistencia: un alazán dosalvo, un tordillo y sobre todos ellos resaltó uno de color negro, reluciente como el ébano y con una estrella blanca en la frente, este era el que prefería para los combates.

En la Hacienda de Surumuato, fue atendido con mucha gentileza por el administrador, el temor hacía milagros. Chávez García permitió que sus oficiales y soldados tomaran cerveza, él nunca probaba el licor. En la tropa venía un oficial carrancista, a quien por un milagro se le salvó la vida, todos los prisioneros que cautivaba, morían sin remedio. Este oficial ya embriagado le propuso a Chávez García que él le conseguía el indulto con Carranza; al oír esto, Chávez se puso pálido, retiró su plato de la mesa, ya no comió y le dijo a su asistente llamado Bruno: “Nomás que acabe de comer ese infeliz lo llevas a las caballerizas y lo matas a puñaladas para no gastar el parque.

## ALGUNAS DE SUS LUCHAS

JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA, tuvo una suerte envidiable que lo favorecía en todas sus campañas, se burlaba de todos sus enemigos, nadie podía en contra suya; no valía ni el engaño, ni la emboscada ni el valor, ni las armas, ni la pericia de grandes militares que lo perseguían, entre ellos figuraron como jefes notables: el General Lázaro Cárdenas, Antonio Norzagaray, Albañez, Anacleto López, Pruneda, Dávila García y Francisco Urbalejo.

El mismo gobernador del Estado: General e Ingeniero Pascual Ortiz Rubio, salió a campaña al frente de tropas escogidas y NADA LOGRÓ.

Chávez García cuando notaba por sus innumerables espías, que tendría éxito en la lucha, les hacía frente a sus enemigos en una forma atroz y temeraria, al que no mataba al herido por sus armas moría también IRREMISIBLEMENTE.- Había la versión entre los soldados carrancistas, que las balas de los hombres de Chávez García, estaban envenenadas, porque ningún herido tocado por ellas se pudo aliviar aunque lo atendieran los médicos.

Lo comprobó el general Norzagaray de los favoritos de Obregón, éste militar se había lucido en las campañas del Norte contra Huerta, al lado de Lucio Blanco y Rafael Buelna. El fue quien le dio el triunfo a Obregón en Celaya, al surtirlo de parque desde Veracruz; por tres veces lo pertrechó, arrollando a su paso las tropas zapatistas por Puebla y Morelos.

Así murieron también los generales: Dávila y Albañez y los coroneles: Rivera, Magaña y otros.

Pues bien, cuando Norzagaray atacó a Chávez García, éste lo esperó en un horrible malpaís de rocas negras, unas espantosas murallas naturales, cerca de Zacapu; allí se estrelló todo el ímpetu bravío de aquellos soldados, eran más de setecientos y llevaban cuatro ametralladoras; después de una lucha encarnizada, nada lograron; en medio de aquella tremenda balacera, se oían los bandidos, con los broncos sonidos de sus cuernos, que a manera de clarines usaban en sus campañas.

El general, viendo lo inútil de aquella matanza de sus soldados, que a pecho descubierto avanzaban por entre el monte, los cuales eran barridos por las certeras descargas de sus contrarios, mientras que otros seguían caminando por encima de los muertos, comprendió que era imposible desalojar a tales facinerosos y ordenó la retirada. Al notar esto un grupo de atrevidos, chavistas con toda cautela corrió a poner una temible emboscada por donde

regresarían sus contrarios, fue en ese momento en donde hicieron el mayor número de bajas a los carrancistas. Al escuchar la balacera, los demás hombres de Chávez García, corrieron a colocarse por otro flanco y los demás por la retaguardia hacían un fuego tremendo. En esa acción quedó herido el mismo jefe Norzagaray y con miles de trabajos lograron sacarlo a la Estación de Ferrocarril en Ajuno, Mich., de ahí fue conducido hasta México e internado en el Hospital militar y a pesar de que lo atendieron los mejores doctores, nadie pudo salvarlo, aquella herida de bala de un treinta-treinta fue incurable y ocasiona la muerte del general que tanto empeño tenía en acabar con el chavismo.

No podían sorprender a Chávez García, porque tenía un servicio de espionaje sorprendente que le daba noticia de todo. Además, él mismo disolvía su tropa cuando notaba algún peligro, en pequeñas partidas los mandaba a distintos lugares, entendidos en que se reunirían en un punto prefijado de antemano, hasta llegaban a disfrazarse de campesinos y labraban la tierra con sus yuntas, cuando pasaban sus contrarios y a ellos mismos les preguntaban acerca del rumbo de los chavistas.

El gobierno del centro ordenó que se armaran distintas Defensas Rurales, para que protegieran los pueblos, NADA valía. Entonces dispuso que el coronel Cirilo González, que estaba de jefe de la guarnición en Aguililla, Mich., saliera a combatir a Chávez García, se creyó que sería el único indicado de acabar con el chavismo, pues había dado muestras de su valor y dinamismo cuando contuvo los impetuosos ataques que daba sobre la plaza de Aguililla.

Don Gordiano Guzmán al frente de sus valientes oficiales: Dimas García, Francisco Venegas, Carlos Gallo, y Francisco Guillén acostumbrados a jugarse la vida en todas partes.

Chávez García espera a su nuevo rival, en sus lugares favoritos para la sorpresa, lo acecha y cuando ve el momento oportuno, le ha infligido tal derrota, que el coronel González va con unos cuantos soldados a dar noticia de su fracaso ante el gobernador de Morelia.

JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA era muy versátil, lo mismo utilizaba el calzón y camisa de manta, que un traje de charro cuya botonadura a lo largo de las piernas era “de puras aztecas de relucientes de oro, al igual que el chaleco y la chaqueta y en cada hombro”. Casi siempre usaba un gzné de seda color rojo anudado a su cuello.

En enero de 1918, tuvo el atrevimiento de retar al mismo General Enrique Estrada que al mando de grandes contingentes y militares notables le hacían la guerra; se encontraba en Puruándiro, Mich., ahí se le acercó un joven revolucionario montado en un brioso caballo, bien armado y arrogante y pregunta por el general en jefe, se le tienden muchos rifles para amedrentarlo, pero impávido el joven, es conducido a presencia del general Estrada a quien le dice: “Soy capitán del Estado Mayor de mi General Chávez García y traigo para usted una razón por escrito”. Saca del interior de su sombrero un papel que así decía:

”SEÑOR GENERAL ESTRADA, POR MEDIO DE LA PRESENTE LE MANIFIESTO QUE ESTOY ACAMPADO EN LA HACIENDA DE LA CALERA, EN DONDE HE PENSADO ESPERARLO; PERO SI USTED CREE MAS CONVENIENTE QUE YO VAYA A ATACARLO A PURUÁNDIRO, TENDRÉ MUCHO GUSTO EN QUE AHÍ

NOS ENCONTREMOS, SOLO LE AGRADEZCO QUE ME RESUELVA AL PUNTO LUEGO PORQUE YO TENGO MUCHOS NEGOCIOS QUE ARREGLAR EN EL GOBIERNO DE MI ESTADO”. Firmaba: “EL JEFE DE LA REVOLUCIÓN Y GOBERNADOR DE MICHOACÁN”. JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA.

Atónito se quedó el general Estrada, y al preguntarle el emisario: “¿Que razón le llevo a mi General?”, contestó volteándole la espalda:”NINGUNA”. Aquel general que era tan educado y culto, había desempeñado altos puestos en su carrera militar hasta llegar a ser el ministro de guerra, dejó regresar a ese muchacho atrevido aún sin desarmarlo o fusilarlo.

En junta de guerra, fue interrogado el coronel Benigno Serrato el cual conocía perfectamente aquellos lugares que opinaba acerca de esa provocación de Chávez García y cual era su opinión al respecto. Serrato le contesta al general Estrada y a sus oficiales: “El terreno está a la vista y el enemigo al frente, no nos queda otra resolución que atacar”. Así lo hicieron y aunque desalojaron a los chavistas, después de dos horas de sangriento combate fue a costa de muchas bajas, porque tuvieron que atravesar un terreno plano, para acercarse y desalojar a los contrarios.

Acompañaban a Chávez García en ésta ocasión, lo mas granado de sus mesnadas: Manuel Roa, su segundo, originario de Puruándiro, a quien consideraban el estrega; Macario Silva y Manuel Núñez, cabecillas procedentes del Valle de Santiago, Guanajuato; el famoso *Manco Nares*, de Penjamillo; los hermanos Cendejas, de Villa Jiménez; Luis y Tomás Morales, de Tendeparacua; Pedro Vázquez, de Chucándiro; los hermanos **Barriga**, de Quiroga y muchos más, cuyos crímenes y hazañas temerarias los hicieron tristemente célebres, incluso el más sanguinario de todos, FIDEL GONZÁLEZ, de las Cañadas de Villa Morelos, que acostumbraba asesinar personalmente a sus víctimas con un puñal, escogiendo para herirlas, el sitio de la yugular y recrearse así con el espectáculo de la sangre que manaba a borbotones.

## ESCENAS SANGRIENTAS

CUANDO PARACHO FUE QUEMADA Hace tiempo, escribía sobre los bandoleros que aprovecharon la revolución para cometer toda clase de excesos. Y escribí sobre Inés Chávez García, (el Atila del bajío). Como las narraciones las subo a mi blog ([www.miguelberumen.blogspot.com](http://www.miguelberumen.blogspot.com)) me han enviado muchas historias al respecto. Anoto una de ellas en que nos habla de la destrucción de ese pintoresco pueblo michoacano que resurgió de sus cenizas, donde hacen guitarras al por mayor: Paracho. “Fue por agosto de 1917, cuando Inés Chávez García y su tropa amenazó con tomar Paracho, ya había venido una vez, causando destrucción, dolor y vergüenza. El presidente organizó a la gente para preparar la defensa, y el curita, -un sacerdote muy jovencito-, aconsejaba que mejor buscaran refugio porque en la población no se contaban con los elementos necesarios para hacerles frente a los revolucionarios.

Con las pocas armas que había, los hombres de Paracho se parapetaron en la torre de la iglesia y en los tejados del curato. Una madrugada en que la niebla cubría la ciudad, se

empezaron a oír ruidos de caballada, la gente se alertó pero ya era demasiado tarde, Chávez y su gente habían rodeado la población y estaban listos para tomarla. Mujeres y niños corrían desesperados al curato pensando en que ahí estarían a salvo. Un nervioso lugareño disparó desde la torre de la parroquia y pareciera que era la señal convenida, porque los revoltosos entraron a mataballos por todo el pueblo. La defensa no sirvió de nada. Fueron aniquilados rápidamente. Entonces comenzó el saqueo, los asesinatos y la violación de mujeres casadas y solteras.

El curato tenía dos puertas, una que salía a la calle del camino para Uruapan y otra trasera. Por la puerta trasera entraron los chavistas, gritando desafortunadamente y disparando a todo lo que se moviera. El sacerdote salió a encararse con Inés Chávez. -Usted debe ser el curita. P'os quiero decirle que de norte a sur y de este a oeste no va a quedar ni una casa en pie. Vamos a quemar todo el pueblo en venganza, porque nos estuvieron disparando desde la torre de la iglesia y eso no se debe hacer...

- Mire mi general, yo aconsejé a la gente del pueblo que no les hicieran frente, porque no tienen armas, y ustedes son muchos y bien armados... -Fíjese curita, cómo se ven rebonitas las llamas, vea como el humo y el olor a quemado cubren todo. Le doy chance de que se escape nomás porque me cayó bien... -Mire, don Inés -insistía el sacerdote-, estas mujeres y niños que aquí están, han venido confiando en que yo las protegeré, y no las dejaré solas, déjeme salir con ellos del pueblo.

-¡Jajaja! ¿A poco con esas naguas que trae nos va a asustar? ¿Cómo las va a proteger? ¿Con qué? Pero pos pa' que vea que estoy de guenas le dejaré que se vaya con su gente, pero no respondo de mis muchachos, mire que ya tienen como un mes en el cerro y no han probado nadita de mujer.

Así que, salga por la puerta de adelante, pero prontito, porque esto ya también va a arder rebonito. El sacerdote, como pudo, fue sacando a las histéricas mujeres y a los llorosos y aturdidos niños. La procesión salió por el camino, aunque los malhechores estrujaban y se llevaban a las mujeres que querían, ante la impotencia del sacerdote que nada podía hacer para salvarlas. Lo más peor, es que los revolucionarios de Chávez, abusaban de las mujeres, y luego las apuñaleaban, sin importar súplicas ni nada. Desde las cercanías, el sacerdote y el reducido grupo de gente que pudo salvar, pudieron ver luego como todo el pueblo se incendiaba, los ayes de dolor, las injurias, los aguardentosos gritos y los sollozos llenaban todo el aire de la campiña.

Chávez García había cometido una más de sus infames tropelías, destruyendo por completo un pueblo, solo para sentirse más grande, más poderoso y más fuerte. Cuando los habitantes de Paracho pudieron regresar, anduvieron buscando entre los escombros lo rescatable. Ni siquiera el sagrario y el cáliz de la parroquia se salvaron: Fueron ocultados bajo un excusado, y con el calor del incendio se fundieron, encontrando solo una lámina de oro...

## DEGOLLADO, JAL.



En Degollado, Jal., durante la Navidad de 1917, Chávez García llegó a la cumbre de la barbarie, crueldad y sadismo cuando mandó colgar en un fresno de la plaza como a cuarenta víctimas inocentes, que no debían nada, únicamente porque eran parientes de un señor apellidado Curiel quien en años anteriores había obligado al bandido a que le descargara en su casa el maíz que le había robado en sus potreros, Chávez García juró vengarse y lo hace en una forma implacable.

Las doncellas de esa Población y todas las mujeres que encontraron, fueron arrastradas a los cuarteles y profanadas por aquella soldadesca salvaje. Como una jauría de locos andaban los chavistas por las calles buscando víctimas, solamente se escaparon tres muchachas porque se arrojaron a un comercio incendiado, aparecieron sus cuerpos carbonizados en que se notaban las medallas de hijas de María en su pecho.

A una hermosa joven que había sido reina de las fiestas patrias, Chávez García quiere reservársela; ésta le pide una tregua y quiere brindar con él, más su intención era matar al forajido y le arroja una botella a la cara, el otro enfurecido, la mandó atar de su trenza a la cola de un caballo bruto, fue destrozado su cuerpo en el empedrado de la calle, y la huella de una mano manchada de sangre, quedó durante mucho tiempo en una esquina estampada en la pared, cuando aquella víctima era hecha pedazos.

Cuando Chávez García mandó ahorcar a los parientes del señor Curiel, (todos eran hombres jóvenes, pues a las mujeres de esa misma casa, ya se las habían raptado las chusmas de facinerosos), les ordenó que se quitaran la camisa y en el centro del pecho de cada uno, les grabaron con anilina roja un círculo perfectamente visible, que servía de mira al verdugo que los esperaba con un puñal y les atravesaba el pecho cuando eran mecidos debajo de las ramas del fresno de la plaza con la soga apretada en su cuello.

El entretanto, sentado en una de las bancas de la plaza de Degollado, se recreaba escuchando las piezas de música que sin descanso tocaba la banda de aquella población. Cuando notaba que había muerto un colgado, gritaba moviendo las dos manos y poseído de una furia infernal, con la cara enrojecida de odio satánico: “TRAIGAN OTRO”.

Las tropas chavistas atacaron la población de Degollado y a pesar de la resistencia desesperada de sus habitantes, se sucedieron los hechos sangrientos en todos los lugares incluyendo los dedicados al culto. El sacristán de la iglesia, para salvarla, ordenó a su bella hija Laura, de 18 años, que se pusiera las ropas de la Virgen y que se colocara en su

pedestal, mientras él escondía la estatua. Poco después, un soldado chavista entró a robarse todo lo de valor de la iglesia.

Al notar un ligero temblor de la imagen de la virgen, le tocó un seno y al sentir carne blanda, grito: “¡Conque disfrazada de virgencita! ¡Te voy a enseñar!” y empezó a golpearla. A los gritos que daba la chica acudió su padre, el sacristán, quien empezó a estrangular al soldado. Llegó Chávez, que al ver en peligro a su subalterno, mató al sacristán. Al oír la explicación del soldado, exclamó entre risotadas:” ¡Llévatela y gózala, luego la pasas a tus <compas> para que esta vieja aprenda respetar a la virgencita santa!”. Cuando los soldados terminaron con Laura, estaba muerta de tanto estupro.

A Pepe Luis Vázquez, un joven que resultó con las piernas quebradas a balazos al resistir a la chusma chavista, el delincuente le exigió 10 mil pesos o le cortaba las manos. A su madre que llorosa lo cuidaba, le ordenó que sacara de su casa el dinero. Ella regresó con dos bolsas conteniendo solo cinco mil pesos, explicando que eso era todo lo que tenían. Chávez dijo: “Pa’ que vean que soy justo, como solo traje la mitad, ¡solo le cortaré una mano! ¡A ver tú <Carnicero> túmbasela!”. El soldado de un machetazo se la cortó.

A otro de los vecinos que habían hecho resistencia, le vaciaron encima una cubeta con petróleo y después le prendieron fuego. Los chavistas a carcajadas lo torearón como si fuera un torito con fuegos artificiales, hasta que cayó al suelo y se fue consumiendo. Después, mandó quemar todas las casas de Degollado.

## NARRACION

Por:

“A instancias de don Atanasio Curiel y de sus hermanos Jesús, Refugio, Francisco y Epigmenio, que por entonces eran los caciques del pueblo, rechazamos la petición de Chávez para que lo dejáramos entrar a la población sin hacer resistencia. Al principio, conociendo de sus depredaciones y temiendo su furia porque el pueblo prácticamente estaba indefenso, pensamos en acatar su ultimátum... y esto hubiera evitado grandes horrores; luego que tomamos la determinación de hacer frente al bandolero, nos armamos de fusiles, escopetas, armas blancas y con todo lo que pudimos conseguir y nos atrincheramos en nuestras casas”.

El ataque de Chávez García, que venía del rumbo de la Barca y de Ayo el Chico (hoy Ayotlán) se produjo entre las nueve y las diez de la mañana, y para las seis de la tarde, después de un infernal tiroteo, el pueblo cayó en sus manos, para entrar con menores riesgos, porque todos estábamos bien atrincherados, la tropa de Chávez García empezó a demoler los muros de las casas de la calle principal; cuando el torrente de la caballería y de la infantería se precipitó sobre el pueblo, luego de vencer la resistencia, empezó la pesadilla, la orgía de sangre.

Durante el tiroteo muchos hombres cayeron muertos en las azoteas o en la calle, otros lo fueron en el interior de sus casas; los soldados, al mismo tiempo que derribaban a culatazos y con arietes las puertas, empezaron a prender fuego por todos lados, el mismo Chávez

García prendió fuego a la torre de la parroquia y a los portales. Como a las 8:00 de la noche todo estaba convertido en un verdadero infierno y las llamas subían en enormes lenguas entre remolinos de humo...., una vez dominados los hombres supervivientes que no lograron escapar, fueron amarrados codo con codo y llevados al jardín, en donde empezaron a ser colgados del fresno que allí había; una vez colgados, balanceaban los cuerpos y un soldado que hacía de verdugo los recibía con un puñal.

LA TOMA DE DEGOLLADO Para las 11:00 de la mañana de aquel 24 de diciembre de 1917, las tropas de José Inés Chávez García, que se decía “general” que militaba bajo las banderas del villismo, habían rodeado casi por completo al pueblo de Degollado, muchos hombres, vestidos a la usanza campirana y tocados con amplios sombreros de petate al estilo charro jalisciense, avanzaban ya por dentro de las mismas casas derribando los muros interiores. Otros entraban a caballo y a pie por las calles y recibían el fuego de fusiles y escopetas que los defensores disparaban desde las azoteas y ventanas. Muchos de los asaltantes quedaron tendidos en medio de los correspondientes charcos de sangre. Otros que recibieron las balas en la cabeza, presentaban el estallamiento de la masa encefálica; a las doce del día, muchas casas empezaban a ser presa de las llamas y las familias salían precipitadamente de ellas llenas de terror para caer en manos de la soldadesca.

En la confusión del incendio, la balacera, el griterío de los atacantes, muchas personas lograron huir por los campos, pero otras perecieron en ese intento; conforme avanzaba la ocupación, las mujeres, pero sobre todo las jovencitas eran escondidas en sótanos, en agujeros, en desvanes, hasta en los llamados excusados de pozo, en donde permanecían sumidas hasta el cuello dentro de la inmundicia y la gusanera que en esos retretes se forma. Una señorita, Catalina De la Paz, que por entonces tendría 16 años y que era ciega de nacimiento, aunque de facciones bellas y de cutis blanco, permaneció oculta en el excusado de pozo de su casa durante muchas horas, soportando el martirio de la pestilencia, mientras que millares de gusanos se revolcaban y deslizaban alrededor de su cuerpo, así como arañas y otros insectos inmundos.

La señorita De la Paz, ya de edad avanzada, murió hace apenas unos cuantos años en esa misma casa. Otras chicas no podían soportar este verdadero suplicio y salían del asqueroso escondite para ser capturadas y violadas en el acto.

A las 4 de la tarde, José Inés Chávez, con su Estado Mayor, había llegado al centro del pueblo. Los portales y todas las casas que rodeaban el jardín estaban en llamas y las nubes de humo oscurecían la luz del sol; las llamas se proyectaban siniestramente sobre otras construcciones. Sin embargo aún se escuchaban algunos tiroteos de los defensores, que cesaron hasta cerca de las seis de la tarde. Según el relato por las calles, muchas jovencitas y otras mujeres corrían desesperadamente, perseguidas con furia por los soldados, no les valía lágrimas, ni súplicas desgarradoras de ellas o de las madres, eran víctimas sin compasión alguna, muchas de ellas eran apenas niñas de 12 o 13 años; los hombres eran sacados por la fuerza de sus casas convertidos en baluartes y llevados sangrantes a fuerza de culatazos hasta el jardín en donde eran atados codo con codo, luego empezaron a ser colgados y acuchillados uno a uno en forma horrenda; otros quedaron muertos tendidos en las calles, en las azoteas, dentro de sus casas.

Don Daniel Pérez, quien siendo niño presenció estas escenas, así como su anciano padre don Francisco, aseguran que la sangre de la matanza corría formando verdaderos arroyos por las calles; a las 5 de la tarde, uno de los últimos reductos de los defensores era la casa de la antes mencionada señorita Catalina De la Paz, en donde un hermano mayor de ella encabezaba una tenaz y encarnizada resistencia. En esta casa, ubicada en el número 28 de la calle de Hidalgo, casi contra esquina del jardín y frente a un costado de la parroquia, existe una especie de torreón, un auténtico fortín con aspilleras para asomar la boca de escopetas y fusiles; había sido construido con anterioridad, porque las circunstancias por las que atravesaba el país en la época revolucionaria requerían de estas defensas. El hermano de la señorita de la Paz, era un hombre alto, “güero” de magnífica complexión; José Inés Chávez, personalmente y rodeado por su gente, se plantó frente a la casa y le gritó, durante una breve tregua que concertó con los defensores:-

Ríndete “güerito”...-No nos rendimos... contestó el interpelado.-Entonces, dime “güerito” ¿cómo quieres morir? -Con honor y gloria... volvió a decir De la Paz, refiriéndose a que prefería la muerte antes que ser vejado. -Así será... le gritó una vez más el bandolero. Luego ordenó un nutrido fuego de fusilería, así como el derribamiento, con arietes de la puerta de la casa y el escalamiento de los muros, cuando De la Paz fue apresado, José Inés ordenó que lo llevaran de inmediato al jardín.

-¡Cuélguenlo y mátenlo! “con mucho cuidado”, ordenó José Inés, al mismo tiempo que disponía que su banda de música lanzara al aire los acordes de la marcha Honor y Gloria. - ¡Vas a morir con “Honor y Gloria”-dijo al preso- como querías! Y dio principio el suplicio de aquel infeliz, que fue conducido a culatazos al pie del árbol, un alto fresno que estaba en la esquina norte-oriente del parque. Un soldado le paso una cuerda por el cuello, otros lo izaron, otros más balancearon el cuerpo, dándole un movimiento de vaivén, en tanto otro forajido, que hacía de verdugo y que vestía una chamarra “cazadora” lo esperaba con un grande y filoso puñal en la mano. “Este es el hombre cuya muerte horrenda, presentamos en el capítulo anterior.”

EL MARTIRIO DE CARMEN NAVARRO. Cuando el cadáver del señor De la Paz, fue descendido del árbol en que fue ahorcado y apuñalado bárbaramente, su cuerpo era una verdadera masa sanguinolenta, cuya cara desfigurada por el dolor y las contracciones de la estrangulación, había quedado prácticamente irreconocible. -¡Así mueren los que me hacen resistencia o los que me traicionan!, dijo José Inés con voz potente, para que lo oyeran todos quienes lo rodeaban, prisioneros y soldados. Luego tendió su vista y contempló con mirada serena, fría, sin que se conmoviera uno solo de los músculos de su cara, el alto número de cadáveres ensangrentados que yacían tirados por todo el jardín, así como las llamas y los negros remolinos de humo que se levantaban hacia las nubes, de las casas incendiadas del pueblo, luego, con la misma serenidad, ordenó que continuara la matanza. En el árbol en que fue ahorcado el señor De la Paz, un elevado fresno como antes dijimos, fueron sacrificadas 64 personas, según don Daniel Pérez el Notario Parroquial de Degollado, y 75 según la versión y los recuerdos de su señor padre, don Francisco.

Entre los ajusticiados, los señores Curiel: don Atanasio que era el cacique del pueblo, don Jesús que era el mayor y propietario del rancho La Víbora, don Francisco dueño del rancho El Mezquite Grande, don Refugio propietario del rancho El Castillo y don Epigmenio,

dueño del rancho Los Sabinos; también fueron víctimas: don Gregorio Flores, padre del señor cura Don Julio que había muerto el 16 de abril, el sacristán y el campanero de la parroquia. Ese árbol se secó años después, podría decirse que agobiado por la remembranza de su participación involuntaria en aquellos escalofriantes crímenes y por la abundante sangre que empapó su corteza. Don Daniel Pérez conserva una fotografía de él, en su lugar, se levanta un monumento en memoria de las víctimas asesinadas sin piedad por el terrible bandolero José Inés Chávez García.

Pero volvamos a nuestro relato: Cuando la tropa asaltó y entró a la casa de la señorita Catalina de la Paz, esta se hallaba escondida como señalamos en capítulo precedente, en un excusado de pozo, que es un retrete inmundo constituido por un agujero amplio y profundo en la tierra y cubierto con una especie de caja de madera, a manera de la taza de nuestros modernos sanitarios.

Allí permaneció oculta, en medio de una insoportable pestilencia y aterrorizada por los gusanos, los insectos y alimañas repulsivas, hasta que los forajidos abandonaron la infortunada población de Degollado, y así se salvo de ser víctima, violada brutalmente y sin misericordia, como ocurrió a casi todas las señoritas y demás mujeres del pueblo. Pero en el interior de la misma casa, la soldadesca sorprendió a una jovencita, que enmudecida por el miedo fue sacada de una habitación y arrastrada por los cabellos hacia uno de los portales que dan al patio interior de aquella vieja y señorial casona colonial.- ¡Era casi una niña... una virgen! -nos dijo nuestro relator Don Daniel Pérez, conmovido por el recuerdo.

María del Carmen Navarro –agrega- apenas tenía 15 años, una joven blanca, bonita, de un hermoso pelo negro, largo... inmediatamente que la apresaron los asaltantes la derribaron al suelo y le arrancaron la ropa a pedazos, hasta dejarla completamente desnuda mientras que la chica lloraba angustiada y pedía clemencia a sus lujuriosos y feroces captores, pero a pesar de su terror o tal vez por eso mismo, la joven defendió encarnizadamente su castidad... a mordidas, arañazos, puntapiés... Entonces, para vencer su resistencia, un oficial ordenó que se le pusiera contra la pared y fuera castigada a latigazos, y así, las carnes de aquella virgen empezaron a ser desgarradas por el látigo que empuñaba un implacable verdugo hasta que rodó desvanecida por tierra, pero ni así calmó la furia de sus victimarios. Le echaron una cubeta de agua sobre la cara, y cuando María del Carmen recobró el conocimiento, volvió a ser castigada de la misma forma. La infeliz lanzaba desgarradores lamentos, que poco a poco se fueron convirtiendo en ahogados sollozos... pero no cedió, finalmente, volvió a desmayarse y, entonces, aquellas auténticas fieras humanas, aquellos tigres sanguinarios le rebanaron los senos y al final, la decapitaron, arrastrando su cadáver hacia la calle. ¡QUEMADAS VIVAS! El cadáver de la atormentada María del Carmen Navarro con las carnes desgarradas a latigazos, los senos rebanados y decapitada brutalmente, fue arrastrado por la calle Hidalgo hasta el jardín principal del pueblo. La Cabeza, con los cabellos cortados, fue arrojada también a la vía pública, quedó con los ojos abiertos, mirando al cielo, con inenarrable expresión de terror y angustia. Es difícil imaginar, en una tierna joven, tanta fortaleza de espíritu, tanto valor para preferir la tortura y una muerte horrible, antes que ceder a la pérdida del honor, una hermana de esta chica, Cristina, de unos 17 años, antes que sufrir un suplicio parecido a manos de aquellos bárbaros o ser victimada por la turba sanguinaria, se entregó voluntariamente a José Inés.

-Señor, estoy en sus manos... pero, por favor, no deje que me hagan nada... suplicó.

-Chávez García le sonrió y le dijo: Tú serás solo para mí... Varios días después, la muchacha fue abandonada en el campo, pero no sin que antes el bandolero le obsequiara con una bolsa llena de monedas de oro; cuando andaba errante, con el rostro demacrado y enflaquecida, fue recogida, cerca del pueblo de Penjamillo, por la señora Sara Garnica, quien le dio protección y más tarde la devolvió a su enlutado hogar. José Inés Chávez, nos dice don Daniel Pérez, se mostraba generoso con las mujeres que se le entregaban a voluntad y hasta solía tratarlas con alguna caballerosidad, varias personas del pueblo, calculan que ese fatídico 24 de diciembre de 1917 fueron violadas implacablemente, más de 200 mujeres en presencia de sus padres, maridos e hijos.

El caso de María del Carmen Navarro, permanece como un recuerdo de lo más doloroso entre las viejas generaciones de Degollado, sin embargo, esta joven martirizada no fue la única en el pueblo, que prefirió la muerte a la deshonra. Dos muchachas de la congregación de "Hijas de María" también muy jóvenes y bellas, Coleta Meléndez y Josefa Parra, se inmolaron en una hoguera crepitante para defender su castidad. Ambas, presas del pánico que embargaba a toda la población corrían alocadamente, perseguidas por una verdadera jauría humana que trataba de acorralarlas por la calle que queda al costado sur del parque tantas veces citado; abra que recordar que todas las casas del centro del pueblo, al igual que otras muchas, estaban en llamas. Precisamente, en la contra esquina sur poniente del jardín existía un expendio de carne, que estaba convertido en un horno infernal, cuando las dos jóvenes aterrorizadas estaban a punto de ser presa de la soldadesca desenfrenada, en un gesto heroico, fruto de la angustia de sentirse perdidas se lanzaron violentamente al interior del establecimiento incendiado, sus mismos perseguidores, aquellas, aquellas fieras sanguinarias y lujuriosas, quedaron paralizados momentáneamente, por el asombro que les produjo aquel acto insólito, de la terrible inmolación. Inmediatamente, en un instante de misericordia, trataron de rescatarlas, pero las llamas avivadas por el viento cobraron mayor fuerza y envolvieron completamente los cuerpos de las dos mártires. Simultáneamente, las ropas, los cabellos y la carne empezaron a arder en medio de aquella pira trágica, los cuerpos lamidos y devorados por el fuego, se retorcían macabramente, pero ningún grito de dolor salió de las bocas de aquellas infortunadas, sus rostros, contemplados a través de las llamas, tenían una expresión dantesca, y allí perecieron. Sus carnes, torturadas, fueron consumidas totalmente

Cuando todo pasó y fueron removidos días más tarde los escombros, se encontraron sus huesos calcinados y, cosa de asombro, las medallas de oro que llevaban colgadas al cuello y que, inexplicablemente no se fundieron con el calor de la hornaza fueron recogidas intactas y hoy se conservan como reliquias.

*Recordando el "martirio" de Josefa Parra y Coleta Meléndez en Degollado, hecho ocurrido el 24 de diciembre de 1917.*

Narrado por: P. Juan Carlos

Degollado era una población nueva, formada en torno a una capilla en honor de la Virgen de Guadalupe y de san Ignacio de Loyola, construida en 1856; rápidamente se formó un núcleo de población que se convirtió en municipio en 1861, y en parroquia en 1911. El trabajo del campo y la cría de animales atrajo gentes de los Altos y de otros lugares; entre los nuevos vecinos estaban Marcelo Parra y su esposa Guillerma Esther Flores, que, procedentes de El Sabinito (municipio de La Piedad, Michoacán), al comenzar el nuevo siglo se avecindaron en Degollado junto con sus hijos Josefa y José Refugio; ya en ese lugar nacerían tres hijos más.

Josefa había nacido en El Sabinito el 16 de mayo de 1892; había sido bautizada unos días después, siendo confirmada por el siervo de Dios José María Cázares, obispo de Zamora. Estudio en la escuela de Senorina Aviña, y luego en la oficial, hasta los trece años. Por esa época murió su mamá, y Josefa debió hacer de ama de casa para atender a su padre y a sus cuatro hermanas.

La Asociación de Hijas de María había sido fundada en Degollado en 1895; Josefa ingresó en esta asociación para señoritas a la edad de 14 años, en 1906; en esta asociación se consagró a Jesús por María, haciendo las promesas de pureza, humildad, obediencia y caridad. Como las demás hijas de María, se comprometió en un reglamento que incluía oraciones, trabajos, misas, visitas al Santísimo, examen de conciencia, reuniones, estudios, ayunos y sacrificios. Su jaculatoria sería “María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a vos” y “¡Primero morir mi Dios, que pecar!”.

El papá de Josefa compró un rancho en El Refugio, y recibió allí a varias familias como trabajadores; entre ellas estaba la de don José Refugio Meléndez y Macaria de la Torre, con sus tres hijas: Coleta, Ana María y María Juana (que sería religiosa). Por eso Josefa y Coleta se hicieron amigas.

Coleta había nacido el 26 de marzo de 1897 en Tierras Blancas, del municipio de Abasolo; fue bautizada en Cuitzeo, y confirmada por don Atenógenes Silva en 1901 en Abasolo. Era, pues, cinco años menor que Josefa, quien la preparó a la primera comunión; después ella fue la catequista en El Refugio, e iba a Degollado a hacer los viernes primeros y a la misa dominical. Posteriormente estuvo trabajando como sirvienta con su amiga Josefa, a quien deseaba imitar en sus penitencias. Coleta, al igual que Josefa, hablaba a sus hermanos y a otras personas de las cosas de Dios y los motivaba a ofrecer sus obras al Señor; hacía sacrificios diversos cumpliendo de sobra sus obligaciones de Hija de María (ingresó en esta asociación en 1916). Josefa y Coleta querían ser religiosas; Josefa estaba ahorrando para pagar la dote y poder ingresar en alguna congregación.

La revolución mexicana había derivado en un movimiento caótico, con el territorio nacional en guerra civil, dominado por distintos bandos: villistas, carrancistas, zapatistas... Se había creado un vacío de poder que fue aprovechado por bandas de maleantes que se dedicaban a robar y a cometer diversas tropelías. En la región se encontraba un peligroso bandolero apodado “el Atila del Bajío”, José Inés Chávez García, que operaba en Michoacán y se decía general nombrado por Francisco Villa; era un hombre casi de la edad de Josefa, pues había nacido en Puruándido en 1889; sus malas costumbres las adquirió cuando anduvo con Joaquín Amaro; murió el 11 de noviembre de 1918.

Muchos pueblos sufrieron los ataques de Chávez; el miércoles de ceniza de 1917 le tocó a un poblado vecino a Degollado: Ayotlán; allí saqueó tiendas, se robó los instrumentos de la banda de música del pueblo, y se llevó a algunas mujeres. A finales del mismo año el bandolero llegó a Degollado; el presidente municipal, previendo el ataque, había organizado la defensa y había pedido ayuda militar, que por cobardía o complicidad de los militares no llegó oportunamente. Chávez pidió la rendición, y al no obtenerla, entró a sangre y fuego, luchando desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde, cuando los defensores agotaron su parque.

Las mujeres fueron escondidas en pozos y sótanos, entre rastrojo y escombros; otras más y muchos hombres se refugiaron en el templo; pero llegaron las hordas de Chávez e invadieron la iglesia, de donde tomaron a las mujeres para llevarlas ante el jefe; a los hombres los condujeron para colgarlos en un fresno frente a la iglesia, donde los apuñalaban mientras agonizaban colgados; así murieron unos setenta hombres; a ellos se les levantó un monumento en el pueblo. Después, los bandoleros se dedicaron a robar las casas y quemarlas, además de ultrajar a las mujeres y a las jóvenes indefensas.

Ese día, lunes 24 de diciembre, los chavistas llegaron a la casa de don Marcelo Parra; allí estaban Josefa, Coleta y otras jóvenes, escondidas para protegerse. Los asaltantes comenzaron un tiroteo contra la casa; Coleta dijo exhortó a sus compañeras: “Si morimos, morimos por Dios”. Coleta liberó a su hermana María Juana, de 13 años, de las manos de un soldado de Chávez; la niña corrió hasta un rancho, y allí se escondió. Coleta y Josefa, abrazadas, les gritaban a los asaltantes: “Mátennos aquí”; ellos las sacaron a golpes a la calle, para llevarlas al cuartel de Chávez.

En el camino hacia la plaza, al ver una tienda ardiendo, Josefa se lanzó a las llamas recitando “Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos”; inmediatamente Coleta la siguió; el fuego aumentó su furia, al punto de impedir cualquier intento de rescate; los captores sólo lograron quedarse con un chal de Coleta entre las manos; ni un grito de queja se escuchó salir de las llamas.

Poco tiempo después visitó al pueblo el señor obispo Francisco Orozco y Jiménez; él ordenó que los restos de Josefa y Coleta se trasladaran del cementerio al templo, y se escribiera la lápida: “Aquí yacen los restos de Josefa Parra y Coleta Meléndez, que se arrojaron al fuego para no ser violadas”. El proceso de beatificación inició el 29 de mayo de 1956; pero la respuesta de Roma en 1968 desanimó a los actores. Sin embargo, no son pocas las personas que desearían ver en los altares a estas dos jóvenes, verdadero signo para esta generación.

## **La Toma de Degollado, Jal.**

Por: Manuel Treviño Curiel

Degollado, conocido anteriormente como "San Ignacio de los Encinos", en 1857 llevaba el nombre de San Ignacio de Morelos, y por decreto número 30, publicado el 31 de diciembre de 1861, se erigió en municipalidad, cambiando su nombre en memoria del general Santos

Degollado. Fue una vicaría auxiliar de la Parroquia de Ayo, el Chico (actualmente Ayotlán), y muchos de sus registros están bajo el poblado de San Ignacio de los Encinos e incluyen registros de todas las rancherías de alrededor.

Dentro de la tradición oral de la familia Curiel, se cuenta que el 22 de diciembre de 1917, los hermanos Don Epigmenio y Don Luis Curiel y Navarro salieron rumbo a Guadalajara a solicitar ayuda del Ejército, pues temían la proximidad de la gavilla de Inés Chávez García, mejor conocido como "El Atila michoacano". Sin embargo no lograron su objetivo, y para el 24 de diciembre, Chávez ya se encontraba a las afueras de Degollado, pidiendo la rendición del pueblo.

Entonces a instancias de don Atanasio Curiel García y de sus hermanos Jesús, Refugio, Francisco y Epigmenio, que por entonces eran los caciques del pueblo, rechazaron la petición de Chávez para que lo dejaran entrar a la población sin hacer resistencia. El relato decía que "al principio, conociendo de sus depredaciones y temiendo su furia porque el pueblo prácticamente estaba indefenso, pensamos en acatar su ultimátum... y esto hubiera evitado grandes horrores; luego que tomamos la determinación de hacer frente al bandolero, nos armamos de fusiles, escopetas, armas blancas y con todo lo que pudimos conseguir nos atrincheramos en nuestras casas".

"El ataque de Chávez García, que venía del rumbo de La Barca y de Ayo el Chico, se produjo entre las 9 y las 10 de la mañana y para las 6 de la tarde, después de un infernal tiroteo, el pueblo cayó en sus manos, para entrar con menores riesgos, porque todos estábamos bien atrincherados. La tropa de Chávez García empezó a demoler los muros de las casas de la calle principal; cuando el torrente de caballería y de la infantería se precipitó sobre el pueblo luego de vencer la resistencia, empezó la pesadilla, la orgía de sangre."

"Durante el tiroteo muchos hombres cayeron muertos en las azoteas, calles o en el interior de sus casas; los soldados, al mismo tiempo que derribaban a culatazos y con arietes las puertas, empezaron a prender fuego por todos lados, el mismo Chávez García incendió la torre de la parroquia y los portales. Como a las 8 de la noche todo estaba convertido en un verdadero infierno y las llamas subían en enormes lenguas entre remolinos de humo... Una vez dominados los hombres sobrevivientes que no lograron escapar fueron amarrados codo con codo y llevados al jardín en donde empezaron a ser colgados del fresno que allí había; una vez que fueron colgados balanceaban los cuerpos y un soldado que hacía de verdugo los recibía con un puñal."

Para las 11 de la mañana de aquel 24 de diciembre de 1917, las tropas de José Inés Chávez García, quien se decía ser "general villista", habían rodeado casi en su totalidad al pueblo, muchos de sus hombres, vestidos a la usanza campirana y tocados con amplios sombreros de petate al estilo charro jalisciense avanzaban ya por dentro de las mismas casas derribando los muros interiores.

Otros entraban a caballo, o a pie por las calles y recibían el fuego de los fusiles desde las azoteas y ventanas. Es inenarrable tal orgía sin olvidar lo que pasó a la señorita De la Paz, ciega de nacimiento, la tortura de la señorita María del Carmen Navarro de apenas 15 años.

De dos muchachas de la congregación de María también muy jóvenes y bellas Coleta Meléndez y Josefa Parra, quienes se inmolaron en una hoguera para defender su castidad.

Entre los señores Curiel ajusticiados: D. Atanasio, que era el cacique del pueblo; D. Jesús, propietario del rancho La Víbora; D. Francisco, dueño del Mezquite Grande; D. Refugio, dueño del rancho El Castillo, y D. Epigmenio, dueño de Los Sabinos (éste último murió en la Ciudad de México por el año 1925).

Doña Guadalupe Gómez Vda. de Curiel, esposa de don Epigmenio Curiel Navarro, cuenta que éste quedó al frente de Los Sabinos, cuando don Atanasio cayó en manos de Chávez García. El señor Atanasio le ofreció al gavillero el peso de su esposa y de él mismo en oro con tal de que les perdonaran la vida a ambos, cosa que no ocurrió pero tampoco les entregaron el metal. Posterior a la masacre de Degollado, la población fue conocida como "La Resurrección" debido a que resurge entre las cenizas. También es conocida como "Pueblo Nuevo".



*"Familia Curiel Navarro" Septiembre 12 de 1917, 3 meses antes del ataque Chavista a Degollado, estado de Jalisco.*

Hasta aquí las diversas narraciones de los hechos sangrientos en Degollado, Jal., por lo que prosigo con nuestro relato:

Durante un viaje que hice de Tocúmbo a Zamora, Mich., me tocó de compañero de asiento, en el autobús que venía de Cotíja, Mich., a un señor ya de edad, y al preguntarle que si recordaba algunas escenas de la Revolución carrancista, me contestó, con bastante agrado para mí y que con mucho gusto anoto aquí esas ideas, así me platicó:

“Yo era muy chico, tendría algunos siete años de edad, cuando mi padre me llevó al campo para que lo acompañara en su trabajo de labrador de la tierra, nos encontrábamos de este lado de Cotija, por el rumbo de La Magdalena, cuando vimos pasar una tropa de soldados carrancistas, serían como unos trescientos. Mi padre, con aquellas precauciones que tenían los viejos campesinos para evitar los desmanes de la soldadesca, me ocultó dentro de una espesa magueyera y él se agazapó lo más que pudo para que nadie se diera cuenta del lugar en donde nos encontrábamos. Al poco rato oímos una balacera espantosa, gritos, maldiciones y bramidos de cuernos: era JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA, que con más de mil hombres, se había arrojado como un tremendo alud, sobre los pobres carrancistas a quienes estrechó en un terrible círculo al grado que ni uno solo pudo escapar; fueron derribados con reatas de lazar y muertos a cuchillo para no gastar el parque”.

Todavía a los cinco años, podía verse en el campo la multitud de esqueletos de hombres y caballos, blanqueando aquellos lugares; el susto que pasamos fue tremendo pues estábamos del lugar de los hechos a una distancia como de trescientos metros.

Del libro titulado: COTIJA, UN PUEBLO Y UNA ÉPOCA, escrito por Leonel Tinajero Villaseñor, tomo estos datos que narran los sufrimientos increíbles, que padecieron los habitantes de Cotija, Mich., cuando Chávez García atacó esa ciudad.

“La población de Cotija vivía en medio de una psicosis de sobresalto y alarmas. Cada vez que había *borrego* la gente tomaba sus precauciones, escondía lo de más valor, unas familias se ocultaban en las casas humildes, otras preferían huir hacia los ranchos cercanos.

Toda la región estaba infestada de gavillas que se amparaban bajo cualquier bandera partidista, el villismo o el zapatismo, pero los más no eran sino desalmados bandoleros que medraban y asesinaban sin piedad.

Cotija era presa codiciada por los facinerosos, porque tenía merecida fama de que en ella había mucho oro y alhajas, ya que los cotijenses industrioses, ahorrativos y hábiles comerciantes, que expedicionaban hasta lugares lejanos como eran: México, Campeche, Tabasco y Guatemala, volvían con el fruto de sus fatigas y parte de él lo convertían en joyas y regalos valiosos para sus familiares. Por esta razón la orfebrería del oro se había desarrollado considerablemente en la población y había artífices que ejecutaban maravillosas filigranas con el áureo metal.

Los comercios eran numerosos y están muy bien surtidos con mercaderías de alto valor.

José Inés Chávez García tenía una fama bien conquistada de sanguinario y cruel y los hombres más desalmados se le unían porque les daba rienda suelta, y los estimulaba para cometer los mayores latrocinios, y la chusma que le seguía era de verdaderas aves de rapiña. Por eso a su solo nombre se escalofriaba el cuerpo, y la gente se intimidaba y temblaba de terror.

La mañana del 20 de marzo de 1918, transcurrió más o menos tranquila. La gente confiada se desenvolvió habitualmente. El Barrio del Llano aún se encontraba engalanado con los lazos y guirnaldas de papel de china ya que la víspera se había festejado el día de su patrono Sr. San José y en las afueras de la capilla, acababan de barrer los despojos del

castillo de los juegos pirotécnicos, cáscaras y desperdicios dejados por los celebrantes callejeros y mucha gente se había levantado tarde y amodorrada.

Pero había llegado el día más fatídico en las historia de Cotija. Fue por el medio día cuando cundió la alarma. Los chavistas están rodeando el pueblo. La noticia fue electrizante. Corrió como reguero de pólvora.

Dejamos la humeante comida sobre la mesa y corrimos a la azotea. Efectivamente, desplazándose del Oriente, una columna iba por la ladera del costado Norte y otra por el lado opuesto cruzando el cerrito Calabazo para cerrar como pinzas por la salida a Quitupan. Cual hormigas, las hileras in interrumpidas de jinetes con sus rifles y grandes sombreros de palma, marchaban tranquilos y sin prisa, a la vista y al alcance de tiro de los soldados de la torre, estaban llenos de asombro y terror ante el espectáculo de sus temibles enemigos.

Ahí estaban a poca distancia, los crueles hombres de Chávez García, prontos a lanzarse sobre el opulento botín y dispuestos a saciar su sadismo y ferocidad.

Mi padre, muy ajeno a lo que ocurría, confiadamente se había ido al rancho. Con mi madre salimos a la calle. La confusión era muy grande, las gentes desconcertadas corrían de un lado a otro sin saber que partido tomar, las puertas de las casas se cerraban con estrépito.

Apresuradamente íbamos a refugiarnos a la casa de mi tío don Juan, hermano de mi papá, al pasar por un costado de la parroquia el capitán Alfredo Berber nos cerró el paso y dijo a mi madre, Señora: no pueden ya pasar. Es que solo vamos a dos cuadras de aquí, le suplico que nos permita llegar. De ninguna manera, ya vamos a iniciar el fuego. Entren al templo, hay mucha gente y será donde podamos defendernos mejor.

Mi mamá titubeó pero vimos abierta la puerta de una casa y fuimos hacia ella, era la de don Santiago Barragán y amablemente nos permitieron entrar. Apenas cruzamos el umbral del zaguán cuando comenzaron las descargas que fueron en aumento hasta convertirse en una balacera terrible.

Las hordas de salvajes se arrojaron sobre el pueblo, casi inerme, como avalancha ávida de sangre y rapiña, iban adentrándose en las calles y en las casas arrasando, robando, destruyéndolo todo, violando y matando su ferocidad como furias infernales.

La guarnición se componía de 45 soldados, treinta y cinco de ellos subieron a la torre y bóvedas de la iglesia, bajo las órdenes del capitán Berber y diez se parapetaron en la azotea de la casa de altos de los señores Guisar, la cual habían convertido en cuartel, en el portal Hidalgo, frente a la parroquia bajo el mando del capitán Enrique Villaseñor. Muy pocos soldados para enfrentarse a más de mil que traía Chávez García, con eso nomás lo exasperaron.

En nuestro refugio escuchábamos las nutridas descargas y al zumbiar las balas con sonidos varios, según sus calibres, algunas se estrellaban en las campanas y las hacían gemir triste lamento como heridas. Las señoras no cesaban de rezar letanías, los señores fumaban nerviosamente y los niños, inconscientes del peligro, jugábamos canicas. El

tiroteo aumentaba o decrecía, gritos e insolencias se escuchaban de los defensores desde la torre, al igual que de los asaltantes en las calles cercanas. Afortunadamente la casa donde nos protegimos era totalmente visible desde la parroquia principalmente su frente y los bandoleros no se atrevieron a entrar, por lo que no vimos a ninguno de ellos.

Cuando uno de los señores hizo la observación de que ya era tarde y aún no había oscurecido, otro hizo notar que la claridad imperante era rojiza y no propia de la luz natural. La incertidumbre no duró mucho porque comenzamos a sentir un extraño calor y luego los reflejos característicos del fuego provenientes de casas cercanas.

El pánico comenzó a invadirnos y sugirieron mojar puertas y ventanas, para evitar que cundiera el fuego en nuestro refugio, si el aire llevaba chispas o fragmentos de maderas prendidas y cubetas de agua comenzaron a derramarse. Las señoras redoblaron sus oraciones. Toda la noche fue de terribles angustias e incertidumbres sin conocer a ciencia cierta lo que estaba ocurriendo, sin saber de otros familiares y amigos. Solo a los niños nos venció el sueño.

Cuando por la mañana ya no se escuchaban disparos y en la calle se oía el paso de la gente, cautelosamente abrieron la puerta y se percataron de que ya no había peligro. Todos estábamos impacientes por saber lo que había pasado.

Al asomarnos se presentó a nuestros ojos un espectáculo de desolación, cerca de la parroquia y en todas direcciones se veían casas que aún flameaban y por encima de todo el pueblo se miraban columnillas de humo que en espirales se elevaban al cielo, desde donde el sol tímidamente contemplaba el dantesco espectáculo.

En la plaza principal la desolación era impresionante. Toda la manzana del Portal Hidalgo, con las mejores casas de dos pisos y los más importantes comercios, estaba totalmente consumida por el fuego. El Portal Morelos también quemado en parte. Los comercios restantes que habían escapado al fuego, se encontraban con las puertas abiertas o rotas, sus armazones tristemente vacíos y por el suelo, mezcladas y diseminadas las mercancías que no habían podido llevarse. Nadie los vigilaba.

Aproximadamente setenta casas de las mejores en la población estaban, unas aún flameantes y desplomándose sus techos y paredes, en otras, ya totalmente consumidas por el fuego, crepitaban los rescoldos y columnas grises de humo se escapaban retorciéndose.

Partía el corazón mirar las expresiones de dolor, de terror en las pocas gentes que cruzaban por las calles como sonámbulos, con paso tardo y en cuyos rostros se reflejaba una fuerte depresión moral. Algunas articulaban frases incoherentes, sin ningún sentido. Otras parecían haber envejecido en pocas horas, de alguien se dijo que había encanecido aquella noche. Señores que habitualmente habían vestido bien, se les miraba desolados, con la barba crecida, cubiertos con ropas andrajosas, un raído pantalón amarrado con un lazo, una deshilachada camisa y viejísimos zapatos. Harapos que les dieron a cambio de los trajes de que fueron despojados.

Muchas casas estaban con las puertas abiertas o rotas y a través de ellas se veían muebles en desorden, ropas y objetos diseminados por los patios. Algunas estaban sin vigilancia y a merced de las circunstancias.

Desgraciadamente no podía decirse que había sido una horripilante pesadilla porque de estas se despierta y solo queda la impresión, mientras que a la vista estaba una dura realidad. Ahí los cadáveres, los heridos, las mujeres ultrajadas, las fincas humeantes, toda la población en ruinas. Precisaba la pluma de Dante para describir la desolación y la congoja reinantes, partía el corazón mirar las expresiones del sufrimiento.

De algunas casas salían lamentos y llantos de quienes velaban a sus muertos o temían por la existencia de sus heridos. En otras había ataques de nervios de las doncellas violadas y víctimas de toda una noche de vejaciones y terror, de eternidad y espanto, algunas llegaron al borde del suicidio. Sobre los empedrados el aire hacía volar las planillas de los timbres postales del Correo saqueado, sin que nadie los tomara en cuenta.

Las señoritas María y Engracia González Valencia, hermanas del Arzobispo de Durango: José María González Valencia, prefirieron el martirio en defensa de su virtud. La primera fue sacrificada villanamente a balazos y a la segunda la dieron por muerta, después de darle un tiro con bala expansiva en una pierna. Fue auxiliada por gentes humildes, junto al río Cuervo quienes la cuidaron hasta que fueron a recogerla sus familiares. Lograron los médicos salvarle la vida, pero quedó baldada definitivamente.

Se comentaba después, que los habitantes de Cotija tuvieron oportunamente dos avisos para que huyera ante la proximidad de Chávez García, pero por desgracia no llegaron, uno fue el de Ignacio Samaniego, jefe revolucionario villista que merodeaba por el rumbo de Tocombo. El le mandó decir a don Manuel Barragán Alcázar, pues era su amigo, que huyera y avisara a los habitantes de Cotija se pusieran a salvo porque Chávez García para allá se encaminaba.

El aviso era por medio de una carta dirigida a Juan Silva Barragán, pero este no la entregó a su destinatario.

El otro era del señor Obispo Celestino Fernández y Fernández, había mandado prevenir a un familiar suyo, desde su casa en Santa Inés, Mich., informándole que Chávez García se dirigía a Cotija para que nadie lo esperara, tampoco éste recado llegó a su destino.

Otras veces al simple rumor de que se acercaban partidas revolucionarias la mayoría de los vecinos de Cotija huía a las montañas, llevándose sus objetos de valor y esa vez por una ironía del destino fueron víctimas de más desalmado de los guerrilleros y bandidos.

Ildelfonso Valencia y Rafael Carranza hicieron fuego con sus pistolas, lo mismo José María Guisar hasta que se les acabó el parque. Ellos lograron que muchas mujeres que estaban en el interior del templo, lo abandonaran y se refugiaron en las bóvedas y azoteas del mismo y de esta manera se salvaron de caer en manos de los forajidos.

En la ladera norte de la población a la vista de los defensores, establecieron su cuartel general los asaltantes, hasta donde condujeron con lujo de fuerza a muchas señoras,

señoritas y algunas casi niñas para saciar su lujuria en una desenfrenada orgía de alcohol y de sangre. Exigiendo a la orquesta de Cotija y a la banda de música que llevaban consigo, que tocaran ininterrumpidamente durante toda la noche, mientras se complacían, a lo Nerón, en contemplar que la ciudad se consumía bajo las llamas que habían provocado.

A muchos señores que tenían como rehenes para exigirles rescate, los despojaron de sus ropas y los tuvieron toda la noche sujetos a vejaciones y amenazas, además de la angustia de ignorar la suerte de sus familiares y de si su casa sería una de las muchas quemadas.

A don Juan Silva Barragán le exigieron diez mil pesos y como manifestara que no podía pagar esa suma, para escarmiento de los demás, sin el menor miramiento le echaron una soga al cuello y lo colgaron de árbol que ahí había. Dicen testigos presenciales que llegaba a tal grado la crueldad de aquellos desalmados que mientras uno balanceaba el cuerpo, aún con vida del infortunado señor Silva, otro le hundía en el estomago un filoso puñal, y uno más a guisa de responso, cantaba alegremente la “Adelita”. La infeliz víctima agonizaba y moría en presencia de todos los prisioneros que estaban aterrorizados y temerosos de correr la misma suerte.

Con igual procedimiento asesinaron al señor J. Socorro Hernández, secretario del Ayuntamiento, que en vano aseguraba ser hombre pobre e imploraba piedad. Ante aquella angustiada situación, el Dr. Sahagún, don Heliodoro Farías y los demás, ofrecieron el pago de las cantidades que les requerían con lo cual se suspendió la masacre iniciada. Lógicamente los pagos no podían efectuarse de inmediato y por el momento quedaron en simples promesas, pero de pronto se calmó la angustia que los oprimía. Al joven Francisco Oseguera lo asesinaron a golpes, hasta que desfiguraron completamente su cuerpo.

Hartados de tantas fechorías y ante el rumor de que desde Jiquilpan se dirigía el coronel Leonel López, al frente de un fuerte y bien equipado contingente, Chávez García optó por la retirada ya avanzada la mañana del día 21.

A todos los señores que tenían presos, esperando obtener el pago de los rescates exigidos, los ataron con cuerdas que jalaban a cabeza de silla los facinerosos y emprendieron la huida llevándolos como malhechores o como bestias.

Iban harapientos, con zapatos viejos que no eran de su medida o con huaraches y algunos descalzos, así los obligaron a caminar.

Chávez García que era aficionado a la música, tomando en cuenta que los componentes de la orquesta de Cotija, le habían servido toda la noche y que eran gente sin recursos que no podían pagar rescate alguno, ordenó: “Que dejen en libertad a los músicos prisioneros. Pero la orden que pasó a través de varias bocas, llegó a los soldados, como: “Que dejen en libertad a los prisioneros. Orden de mi general Chávez García”.

Cuando se dieron cuenta del error cometido, quisieron alcanzarlos, pero ya se habían alejado y dispersado rápidamente aquellas personas que tanto habían sufrido.

Manuel Rueda Silva en un folleto titulado: APATZINGÁN, nos refiere unas escenas amargas, parecidas a las de Cotija cuando Chávez García llegó a ese lugar, dice así:

A mediados de 1917, irrumpe con sus hordas de vándalos, este chacal y penetra a la despavorida ciudad de Apatzingán, Mich. Un día antes ya sabía la mayor parte de la gente sobre la llegada de éste temible sujeto, por lo que la mayoría escapó refugiándose en los ranchos cercanos, muchos padres de familia, principalmente escondieron a sus hijas en edad casadera, ya que era el principal bocado de los facinerosos.

Muchos huyeron hacia Acahuato, el Atuto, las Patácuas y a la hacienda de La Concha, entre otros sitios. Don José Prado y don Jesús Reyna con sus familiares también escapan, este último era empleado del gobierno, se van de aquél lado de los cerros de San Antonio de Labor.

Chávez García y los suyos se acuartelan en el antiguo casco de la hacienda de Palmira, al noroeste del pueblo. Se sabía que a Reyna “le traían ganas”.

Ese mismo día toman prisioneros a varios hombres, también por la fuerza llevan a unos chiquillos, los que les dicen donde hay pienso para su caballada, principalmente maíz y zacate lo que toman con violencia.

Al obscurecer Chávez da “mano libre” a sus secuaces, que vienen sedientos de mujeres, de robar y asesinar. Les ordena que principalmente agarren jovencitas de trece a quince años de edad. Lo hacen los salvajes. En muchas casas donde la gente miserable no tenía dinero ni para comer ese día, no pudieron huir por ese motivo.

Se vieron escenas terriblemente desgarradoras; unas muchachas fueron violentamente arrancadas de los brazos de sus padres, las llevaron a su cubículo de Palmira, en cuyo patio y corredores las mancillaron por la fuerza bruta, pasándolas unos a otros.

Hubo un momento que un grupo de bandidos habiendo llegado a presencia de Chávez García, con unas diez niñas, casi todas bonitas, al verlas, sentencia así refregándose las manos, poseído de diabólica lujuria: “Estas dos yo me las llevo, las demás son pa’ ustedes”.

Dos días después vino lo peor. A Jesús Reyna en su escondite de La Labor, se le escasearon los víveres y en el rancho no había que comer. Quiere venir al pueblo a proveerse. Prado le dice que no lo haga que Chávez todavía no se ha retirado. No le hace caso y aunque desfigurado entra desapercibido y logra comprar unas carnitas y chicharrones de las que vendían bajo la centenaria higuera, que aún subsiste frente al palacio Municipal, pero en esos momentos lo descubren. Corre pretendiendo evadir la captura, y al tratar de entrar al zaguán de la casa de Isaura Magaña, hoy edificio Ponce, es aprehendido y llevado al cuartel.

Al día siguiente, como a las nueve de la mañana, frente a la hoy farmacia Nacional a media calle, forman hileras como de treinta hombres bien amarrados, viendo hacia la plaza, en ellos estaba el señor Reyna. “Como hay escasez de balas, denles su pasadita a cuchillo”, les ordena Chávez García a sus verdugos, entre los cuales se encontraba un güero afeminado y otro tipo los cuales hacen la obra macabra. A cada desdichado le hunden enorme daga en el pecho, tratando de atravesarles el corazón. “Pa’ que no sufran mucho” como decían los bárbaros.

Simultáneamente a estos sangrientos sucesos, se efectuaron otros en distintos sitios de la plaza. Por ejemplo en la histórica y gigantesca higuera que estaba frente a la Casa de la Constitución en una de sus ramas fueron ahorcados muchos ciudadanos de Apatzingán, Mich.

En un árbol de pinzán que estuvo mas o menos como a diez metros de retirado, al poniente del actual monumento a los Constituyentes, fue colgado un hombre muy estimado en la sociedad de ese tiempo: don Jesús Morales, quien sufrió un suplicio patético, después de atarlo de pies y manos, uno le puso la soga al cuello; entre varios le jalaban, otro lo campaneó (meció) y en una de las venidas del cuerpo, el nefasto fuero lo esperó con tremenda puñalada que le atravesó hasta el otro lado. Muy impasible, como si hubiera hecho una buena obra, el esbirro saca la enorme daga tinta en sangre del pecho de la víctima y la limpia con tres talladas en el pantalón de la misma.

EZIO CUSI, en su libro titulado “Memorias de un Colono”, refiere algunos detalles de las incursiones que hacía el facineroso JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA, a sus haciendas de Lombardía y Nueva Italia, Mich.

Dice así en la página 207 del capítulo XXX de su libro: Durante muchos años, con cortos intervalos fueron visitadas las haciendas por partidas de gente armada. Revolucionarias unas del gobierno, otras y muchas de simples bandidos que se aprovechaban del caos que reinaba para robar, saquear y dar rienda suelta a sus instintos bestiales. Los administradores tenían gente de confianza, en los ranchos de los alrededores, que les avisaban cuando se acercaba alguna partida armada. Entonces a la hora que fuera, montaban a los caballos que tenían siempre listos y escapaban rápidamente a refugiarse a lugares escondidos, no yendo nunca al mismo sitio.

Pasaban días y noches enteras mal durmiendo en profundos barrancos o en espesos montes, atormentados por voraces mosquitos y temiendo ser descubiertos. Una verdadera vida de infierno. Luego había tregua de algunos meses para comenzar de nueva cuenta. No siempre podían escapar a tiempo y eran entonces sorprendidos por partidas que los trataban más o menos mal según la filiación del que hacía cabeza o la cantidad de dinero que se les podía proporcionar.

Una vez estando en la mesa almorzando en Nueva Italia, tuvieron noticias de que una partida se acercaba. Inmediatamente abandonaron el casco de la hacienda y a toda velocidad de sus caballos se lanzaron al monte.

No así el pobre de don Francisco Gibellini, hombre pacífico, avanzado de edad y encargado del campo de experimentación, quien mas tarde plantaría los limoneros con sus ciento veinticinco mil árboles en las huertas de Gábara. No había llegado aún a la hacienda, cuando se encontró con la desagradable noticia de que ésta había sido ocupada por el terrible bandido Chávez García, quien se encontraba instalado a sus anchas, pero enojado al saber que habían huido el administrador y los empleados. “Yo no soy ningún bandido, decía, para que huyan de mí, soy el primer revolucionario de la República”.

Llegaba tranquilo y hambriento el pobre Gibellini, que nada sabía y al ver mucha gente armada quiso retroceder, más pronto lo alcanzaron unos soldados y con malos modos, lo llevaron a la presencia del jefe. “¿Con que corrieron todos tus compañeros, viejo?... le dijo al verlo. ¿Por qué corren de mí? ¿Que soy un bandido?

“Tal vez no sabían que se trataba de usted, contestó astutamente Gibellini, yo no corrí, aquí me tiene a sus órdenes”. ¿Si eh?... Contestó Chávez con sorna; si hubieras sabido que yo estaba aquí, también estarías muy lejos por las barrancas. Vamos a comer que tengo hambre. Y se encaminan a la mesa.

Contaba Gibellini que pronto se puso de buen humor el bandolero, tal vez al encontrar mesa bien surtida, después de muchos días de correrías y de hambre, y comenzó a narrarle sus hazañas, realzando siempre su heroicidad y sus triunfos, tópico obligado de todo jefe revolucionario en esos tiempos.

En esto se presentó un oficial conduciendo al herrero de la Hacienda y dijo: “Mi general aquí le traigo a este individuo que se encontraba componiendo este Winchester”. ¿De quién es este rifle? le preguntó Chávez. “De un señor que vino del otro lado del río y como soy herrero me encargó que se lo compusiera”.

“Sí, de seguro será de esos que me tirotearon esta mañana al venir aquí. A ver oficial, lléveselo y cuélguelo del árbol que está frente a la Hacienda, para escarmiento”. Asustado el pobre hombre, se hincó suplicándole no lo matara, juraba que él no tenía que ver con nadie, que era viudo con siete hijos pequeños. Intervino el Sr. Gibellini asegurando que era verdad lo que decía, que era hombre pacífico, trabajador y que respondía por él.

Aparentemente quedó convencido Chávez García y le dijo al oficial: “Bueno, llévatelo y espera órdenes”. Como a la hora se presentó de nuevo el oficial y dijo en voz queda a su jefe algo que Gibellini no escuchó.

Entonces Chávez se encaminó por los corredores de la hacienda, platicando con Gibellini y cuando llegaron al zaguán le dijo:

“Mira a tu protegido, así no tendrás que responder por él”. Gibellini, espantado vio al pobre herrero pendiente de un árbol, aún pataleando en las ansias de la muerte.

Casi perdió el conocimiento por la impresión recibida y estuvo malo por varios días. Esa era la justicia que impartían esos bandoleros que parecían complacerse en el asesinato de gente buena, honrada y trabajadora que ningún mal había hecho a nadie.

Otra vez el mismo Chávez García llegó como siempre de improviso a la Hacienda de Lombardía, no dando tiempo a los empleados de “pelar gallo”, expresión que usaba siempre que se acercaba alguna partida. Venía Chávez del rumbo de Zacapu donde había recibido un fuerte golpe por fuerzas del Gobierno, y por lo tanto se encontraba de mal humor.

Como amo y señor ocupó la hacienda con todas sus dependencias, teniendo los empleados que dormir en el suelo o en los asoleaderos. Los dos mil caballos que traía de remuda, los mandó a pastar en las siembras de arroz más cercanas al casco causando con esto un grave perjuicio.

Mandó reunir toda la caballada de la Hacienda, y se apoderó de los mejores: como ciento cincuenta caballos, dejándonos en cambio toda la recua que traía de animales inservibles.

Traía en calidad de prisioneros a toda una banda de músicos, que había avanzado en el asalto de un tren en el camino a Guadalajara y durante los seis días que permaneció en Lombardía de descanso, en nuestras haciendas encontraba el bandido lo que no podía lograr en otra parte como era: alimentos y ropa para toda su tropa y excelente pastura para su caballada y descanso en los azahares y fatigas de sus campañas, pues por encontrarse tan retirado de sus enemigos los carrancistas y tan difíciles estos lugares para la rápida comunicación, todo esto propiciaba que Chávez García, prefiriera a Lombardía y Nueva Italia para su descanso. Afortunadamente no cometieron tropelías ni abusaron de las familias, a un soldado que se llevó una mujer de la cuadrilla de los peones de Lombardía, Chávez lo mandó fusilar y nadie se atrevió a faltarles a las demás.

Pues bien, los pobres músicos tenían como tarea en la mañana y en la tarde un repertorio continuo de piezas de música tocadas sin descanso, como treinta seguidas, mientras Chávez García, se tendía cómodamente en una mecedora que había en el Mirador, se hacía quitar las malolientes botas y peores calcetines por su asistente y luego que le hicieran cosquillas en los pies hasta quedar dormido, pacíficamente como alma inocente exenta de todo remordimiento.

Mientras tanto los pobres músicos inflaban los carrillos, llenaban los pulmones y soplando como fuelles de fragua, tocan una pieza tras otra, hasta completar las que les había ordenado el jefe, y quedaban agotados.

Seis días de sufrimiento también para el administrador y los pobres empleados que siempre vigilados tuvieron que aguantar, los abusos e impertinencias de aquella compañía. Se hizo entregar todo el dinero que había en caja y el que se pudo reunir, toda la ropa que había en la tienda, novillos gordos para alimentar a su hambrienta tropa, recogieron semillas, cerveza y cuantas bebidas había en la tienda y en la despensa. No conformes con toda la ropa almacenada en la Hacienda, para vestir a sus desarrapadas chusmas, obligó al administrador que pidiera por teléfono al despacho de Uruapan, doscientas piezas de manta que aún le hacían falta. No hubo más remedio que pedir esa manta, pero viniendo en camino, otra partida de bandoleros de distinta afiliación pero idénticas mañas, asaltó a los que las conducían, se llevaron las doscientas piezas de manta y los conductores llegaron a Lombardía con las manos vacías y todavía asustados.

Furioso se puso Chávez García: quería castigar a los empleados que las traían, a quienes culpaba de no haber sabido tomar precauciones contra los bandidos.

“¿Quién le dice a quién? y ordenó que pidieran de nuevo otras doscientas piezas o fusilaban a todo el mundo. Así se hizo y las llevaron por otro camino, llegando esta vez sin novedad a Lombardía, lo que aplacó a Chávez.

Mas de una vez tuvimos visitas de este malvado, que por varios años fue azote de Michoacán, especialmente por la zona del Bajío, donde de seguro lo han de recordar los hacendados, pues hacía sus correrías con asaltos y asesinatos hasta dejarla asolada. Cuando se sentía muy acosado por fuerzas del Gobierno, iba a descansar por dos o tres semanas tranquilamente a nuestras fincas, por encontrarse ahí seguro de toda persecución y porque encontraba todos los elementos para alimentar y vestir a su tropa.

José Inés Chávez García es considerado como el más peligroso y sanguinario guerrillero de la historia de México y, en cierta forma, superior a Villa, ya que no contaba en el reducido territorio en que operó, con las montañas de la Sierra Madre de los Estados de Chihuahua y Durango, en donde el Centauro del Norte se remontaba en los días adversos para protegerse y reorganizar sus legiones. Tampoco disponía Chávez García como Villa, de puertos marítimos o fronterizos por los cuales poder recibir auxilio en elementos de guerra.

Todo el tiempo que Chávez García operó en Michoacán, sin tregua ni descanso y sin haber sufrido jamás una derrota de la que no pudiera rehacerse inmediatamente, lo hizo en un escenario geográfico, que carece absolutamente de condiciones propicias para mantener una campaña, de tan larga duración o sea en el propio corazón de la República, donde Michoacán colinda con los estados de Guanajuato y Jalisco. Y todo esto, sin salir nunca del cerco dentro del cual se revolvía constantemente acosado por numerosas fuerzas federales bien equipadas y fogueadas como que todas procedían de los frentes de batalla de la Revolución.

Durante el tiempo de sus correrías que comprende mas de tres años ininterrumpidos, asaltó todas las poblaciones de Michoacán, con excepción de Morelia y del Sur por la parte de la costa del Pacífico, pues allá predominaba Don Gordiano Guzmán, el caudillo descendiente de héroes de la Patria, que habían luchado durante la guerra de independencia, en la invasión americana y contra la intervención francesa.

Se escaparon también las siguientes poblaciones: Coalcomán, Aguililla, Tepalcatepec, Buenavista, Tumbiscatío y Arteaga. Vimos que en Táncitaro no perjudicó a las familias por un milagro que les concedió el Señor del Perdón, crucifijo muy venerado en el pueblo, sin embargo de allí mandó capturar a José Sánchez quien en la primera oportunidad se les escapó: no así a sus compañeros: Agustín Barragán y Elías Barragán, quienes sufrieron mucho en esa terrible odisea, hasta que lograron huir después del combate de la Calera.

La hermosa ciudad de Uruapan, paraíso de Michoacán, afortunadamente se libró de caer en las garras del facineroso Chávez García, éste pedía para no entrar a la población, cincuenta muchachas, y le mandó decir Antonio Alcalá un famoso capitán de Bonifacio Moreno, que él se las llevaba que lo esperara en la Joya de los Chivos, más como Inés, ya sabía que clase de hombre era Alcalá, notable por su valor y por la certeza de puntería, nunca erraba un blanco a larga distancia, NO se atrevió a hacerle frente. ¡Fue un milagro!, porque Chávez García, esperaba y atacaba a todo jefe militar que se le opusiera, como vimos que lo hizo con el general Estrada y todos sus comandantes.

Parácuaro, Mich., se escapó de este criminal, porque era la cuna del coronel Cenovio Moreno, que había sido su jefe al principio de la Revolución y porque una vieja hechicera

le había dicho a Chávez García, que nunca se metiera con los Moreno porque le iría mal; ese fue el motivo por lo que no atacó a Uruapan, Bonifacio Moreno estaba en ella, y el fue quien dio el primer golpe de muerte y de derrota, cuando asaltó a Peribán el temible bandido.

Otro pueblito risueño de la sierra michoacana, sombreado por los pinares del cerro de Copetony la Verdura y recostado entre las planicies de la Laguneta y Sitirípío y Ayumba, teniendo como espejo la laguna de la Magdalena, se libró de caer en manos de Chávez García, tal vez porque se llamaba como él: SANTA INÉS. A pesar de que tenía que atravesarlo para llegar a Cotija, prefirió dejarlo y tuerce el rumbo, encaminándose por Tacázcuaru y Jaripo.

A semejanza de los atropellos y crímenes que cometieron las chusmas de Chávez García en Degollado, Jal., y en Cotija, Mich., y otros pueblos, también en Tacámbaro, Mich., se vieron sus habitantes mancillados en una forma cruel. Allí una vez vencida la heroica resistencia que opusieron sus habitantes los vándalos se entregaron a toda clase de excesos, de preferencia a violar mujeres.

Entre las dantescas escenas que ahí tuvieron lugar, una de las más estrujantes fue el suicidio colectivo de un grupo de aterradas muchachas, a quienes los bandidos sorprendieron dentro del teatro de la ciudad, ocultas en la galería. Al ser descubiertas por los delincuentes, enloquecidas de pavor, prefirieron morir arrojándose al vacío, antes de sufrir la brutal afrenta de aquellos repugnantes sátiros, estrellándose contra las butacas del lunetario. Chávez, que ya se regodeaba con la agasajada que se iba a dar con ellas, gritó rabioso: “¡Viejas desgraciadas! ¡Rematen a las que quedaron vivas!”. Desde esa fecha infausta, al grupo de señoritas suicidas se les designa con el nombre de “Las Vírgenes de Tacámbaro”.

En Villa Morelos, otra de las poblaciones martirizadas, se repitieron las misma escenas con la variante de que, no obstante que los vecinos rindieron las armas sin combatir ante las promesas que les hicieron de que serían respetados sus hogares, las violaciones se realizaron a la vista de los propios familiares de las víctimas.

De la casa de una infeliz madre, en cuya presencia habían sido ultrajadas sus hijas, Chávez García ordenó a sus secuaces que le llevaran para el monte, en donde pernoctaría aquella noche, a la única que sus hordas habían respetado merced a su corta edad, pues apenas contaría unos trece años. Mas cuando la madre asolada pedía al sátiro, entre gritos y sollozos desgarradores que no cometiera aquella nueva infamia con su pequeña hija pues que todavía era una niña, el bandolero le respondió con diabólica sorna: “¿Niña? es lo que vamos a ver.....

El dominio de Chávez García en el Estado de Michoacán, llegó a ser por largas temporadas casi absoluto. Puede decirse que los gobernantes de la Entidad principalmente el último de ellos, don Pascual Ortiz Rubio, solo eran gobernantes de la ciudad de Morelia.

Miles de hombres diseminados por el Estado, sin otro programa que el de satisfacer sus instintos primitivos, se paseaban a su gusto y sabor por todos los ámbitos del territorio michoacano, sembrando el terror y la muerte. Y así como las cabezas de la Hidra

mitológica, renacían a medida que eran cortadas, el monstruo chavista también resurgía intacto después de cada revés, para reanudar al momento sus fechorías con mayor saña y con más refinada crueldad.

Uno de los jefes militares que más se distinguieron en la sangrienta lucha y en la persecución de Chávez García es sin duda alguna el general Lázaro Cárdenas. Quizá haya sido él quien mayor número de combates libró, en relación con el tiempo en que le tocó actuar en la persecución de Chávez.

El general Cárdenas que entonces ostentaba el grado de coronel, llegó a Michoacán procedente de Sonora, a tomar parte en la campaña. Venía con él a sus órdenes, el teniente Talamantes y traía bajo su mando dos corporaciones integradas en gran parte con soldados del Yaqui. Cárdenas entró en actividad desde el primer momento, destacándose no solo por su arrojo y dinamismo, sino también por otras virtudes, muy raras por cierto en esa época, entre los militares que hacían aquella campaña: Cárdenas NO “colgaba” a sus prisioneros y, más aún los elementos que quitaba al enemigo en las acciones de guerra, eran devueltos por él a sus propietarios.

Cárdenas no combatió exclusivamente contra Chávez García, sino también contra Sintora, Altamirano y otros cabecillas igualmente peligrosos, de los muchos que infestaban el Estado. Cierta ocasión en un combate por Indaparapeo contra los exvillistas: José Altamirano y Félix Ireta, estuvo a punto de perder la vida. En esta acción, una de las más sangrientas de toda aquella campaña, hubo un momento en que el coronel Cárdenas quedó aislado de su tropa y habiendo sido rodeado por el enemigo, tuvo que combatir cuerpo a cuerpo. Según él mismo refiere, había decidido reservar el último cartucho para pegarse un tiro antes que caer en poder de los rebeldes.

Su presencia de ánimo y la intervención oportuna de uno de sus oficiales, el hoy general de división José María Tapia, lo evitaron. Casi solo llegó a la estación del ferrocarril más próxima, en donde abordó el primer tren que pasaba rumbo a Morelia.

En la Jefatura de la Zona Militar, pusieron a su disposición tropas de refresco, y antes de veinticuatro horas, tomaba la revancha sorprendiendo y derrotando a su vez a la misma partida cuando ésta aún celebraba su victoria. Con aquella derrota, Altamirano e Ireta dejaron de ser problema militar porque además, estos rebeldes, exvillistas, que a principios de la campaña operaban de común acuerdo con Chávez García, ya que para entonces habían roto hostilidades con éste, en vista de los actos oprobiosos de sus mesnadas. Y como el dominio de Inés, en la fecha de este combate era indiscutible en Michoacán, Altamirano e Ireta, después de su derrota tuvieron que andar a salto de mata para substraerse a la persecución de los federales y de los chavistas hasta que la mortífera: “Gripe” de la que murió el sanguinario Chávez García, también causó la muerte del rebelde Altamirano.

Otros jefes rebeldes villistas en Michoacán, fueron: J. Jesús Zepeda (el tejón) que operaba por el rumbo de Ibérica, Nuevo Urecho y parte de Tierra Caliente; Luis Gutiérrez (el chivo encantado) hacía sus correrías desde Parácuaro, hasta Coalcomán abarcando los pueblos limítrofes. Trujillo por rumbo de Aguililla; Eutímio Figueroa, tenía sus madrigueras en las Lomas de Buenavista, Tomatlán.

## MUERTE DE JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA

De Francisco García Urbizu, autor de varios libros referentes a costumbres regionales, sobre todo por el rumbo de Zamora, Mich., tomo estos datos que leí en la obra “El Apóstol de Casas Viejas” tocante a Chávez García, únicamente anotó las últimas palabras, que pronunció este forajido antes de morir, valen la pena para que sean conocidas ya que hemos ahondado los repliegues de algunos abismos de maldad en la vida criminal de éste azote de la humanidad.

“El Padre Gabriel Marín, originario de Tinguindín, Mich., se ordenó el año de 1910. En 1917 prestaba sus servicios en La Presa de Herrera, cerca de Pénjamo, por ese tiempo el país se vio asolado por la terrible peste llamada “Influenza Española”, y el padre auxiliaba personalmente a sus feligreses con medicinas y los santos sacramentos. Habiéndose contagiado en el cumplimiento de su deber, él también fue víctima del temible mal.

Cuando Chávez García llegó a ese lugar, se posesionó de la casa del padre y aún de su pieza y de su cama, y allí pescó - ¡Altos designios de Dios! - la temible fiebre que lo habría de llevar días después al sepulcro. ¡Lo que no lograron los hombres en su afán por acabar, con este bandido, lo hizo la “Gripe”!.

Veamos los preliminares de la muerte de Chávez García: su primer fracaso en que declinó su estrella, para nunca más brillar fue en Peribán, Mich., a fines de 1918.

El coronel Bonifacio Moreno hermano de Cenovio, que conoce a la perfección los ardides y las mañas de aquel facineroso, lo persigue sin descanso, auxiliado con tropas de yaquis del coronel Pruneda. Día y noche se dedica a combatirlo y aniquilarlo; el otro astutamente elude la persecución y durante quince días camina día y noche pretendiendo desorientar a su temible rival; era el único a quien le desconfiaba, pues habían luchado juntos en sus primeras campañas.

Llega a Peribán y creyéndose seguro, comienza un furioso saqueo y buscan víctimas inocentes entre las mujeres de la población, guiados por sus instintos bestiales.

Moreno, que no descansaba en esa campaña tiene noticia por sus espías, del lugar en que se encamina su contrario y rápido corre a sitiario. Los yaquis mandados por Pruneda desembocan por el lado de san Francisco mientras Moreno, lo hace por el rumbo de Corona, haciendo un fuego terrible que estremece a la tierra al retumbido de los cañonazos, una granada hace pedazos parte de la torre del templo, otra vuela los techos de un portal de la plaza; a poco se escucha la gritería y el estruendo de las ametralladoras y fusiles por todas partes, al ver lo irremediable Chávez García, que era tan escurridizo y que siempre levantaba las cartas de sus albuces guerreros, cuando notaba que iba a perder; huye a violencia de carrera, montando en su caballo con sentido: el negro ébano de la estrella blanca en la frente. Se escapa de sus rivales y su torvo semblante se oscurece más cuando sabe que ha muerto su segundo: el sanguinario manco Nárez.

Poco después herido de la espantosa “GRIPE”, se reconcentró con el resto de sus deshechas tropas a Purépero, Mich., donde se consideraba más seguro: nunca perjudicó a los vecinos

de ese lugar, porque don Jesús Duarte, uno de los principales señores, cuando sabía que Chávez García se aproximaba a Purépero, Mich., salía personalmente a entrevistarle y le suplicaba que respetara a la población y él le conseguía dinero entre los vecinos y pastura para su caballada.

Muchos de sus soldados murieron contagiados. Humillados y casi solo, entró sigilosamente a Purépero, con unos cuantos espectros, una triste y negra noche a fines de 1918.

El resto de su gente lo había dejado a la orilla del pueblo, él llegó descansando sobre una camilla que tenía arcos de carrizo para mantener levantadas de su cuerpo, unas cobijas a cuadros de color azul, verde, amarillo y rojo, que los rancheros del rumbo conoce como "Pochos". Dicha camilla fue colocada primero bajo un frondoso trueno, cerquita del quiosco de la plaza de ese lugar, luego fue llevada al portal de la Presidencia Municipal y por último donde se produjo la muerte, al interior del edificio, quedando entre la puerta y la primera ventana hacia el Sur.

Su primera providencia fue mandar llamar un médico. Poco después se presentó el doctor Dn. José María Barragán, lo examinó cuidadosamente, dándose cuenta de su gravedad y formuló su receta. "Mire doctorcito, le dijeron, si no lo alivia, lo tronamos". No se atemorizó el doctor, contestándoles: "Yo no soy Dios para hacer milagros, la fiebre española es mortal y como no guardó ningunos cuidados, va a ser difícil que se alivie luego, yo de mi parte haré lo que pueda, por de pronto surtan ésta receta".

Salió el doctor con el convencimiento de que aquel hombre no tardaría en morir. Estaba de Párroco en Purépero en ese tiempo, el santo y ejemplar sacerdote: FRANCISCO LUNA PÉREZ, dechado de virtudes, sobre todo aquella inmensa caridad por la cual se entregaba al servicio de los demás. Las mismas cosechas de los terrenos de su madre, las entregaba íntegras a los necesitados, compraba cobijas a los pobres, para que no sufrieran los rigores del frío, construyó una presa para retener el agua y no padecieran sed, ni los hombres no los ganados de su tierra Casas Viejas, construyó templo y una esbelta torre en su pueblo.

En 1909 fue Rector del Seminario de Zamora, y se conquistó el cariño de todos sus alumnos con abnegación y humildad y con su pobreza extremada, pues en su habitación únicamente tenía: un santo Cristo en la pared, una camita sencilla, buró, escritorio con algunos libros y un reclinatorio.

El Sr. Luna con su palabra elocuente y cariñosa, se conquistaba muchos amigos y no desaprovechaba oportunidad para llegar a las filas rebeldes a deshora de la noche para ganarse almas. El mismo Chávez García, astuto y desconfiado, le tenía mucha confianza. Acaso algún día le serviría.

En la penumbra del aposento de la Presidencia Municipal de Purépero, en su camilla tirada en el suelo, yacía jadeante y quejumbroso Inés Chávez, presa de altísima fiebre a la luz de un cabo de vela se encuentra envuelto en su sarape de cuadros. Le acomete un acceso de tos, y al poder hablar, se lamenta en voz apenas perceptible, "-- ¡Me siento pior, la cabeza me revienta.... será por el calenturón o por el remordimiento!".

Levantando un poco la voz ordenó. “Corran... tráiganme un Cura, si está el Sr. Luna, mejor; con ese no se porqué me siento mas seguro. Vayan dos y quédense dos, con sus armas listas y apaguen la vela, no quiero luz”.

No habían pasado cinco minutos, cuando se presentaron dos soldados en el Curato, preguntando por el Párroco. “Pasen muchachos, ¿Qué se les ofrece? --“Sabe señor cura, lo manda llamar el general”. ¿Qué general? inquirió el Sr. Luna sin inmutarse. -- ¿Cual?... pos mi general Chávez García, que se quiere confesar”. “Vamos luego” y se encamina a auxiliarlo.

¡Que suerte tuvo este detestable criminal, de morir auxiliado espiritualmente!

¿Quizá las oraciones de su madre y las prácticas piadosas que él mismo tuvo, en sus primeros años, cuando guiaba viacrucis y rosarios en Godíno, le sirvieron para que la misericordia infinita de Dios le perdonara sus innumerables delitos, como lo hizo Jesús, al borrar los crímenes del ladrón arrepentido en la cima del Calvario?

En la misma camilla cubierta fue sacado su cuerpo, la tarde del 11 de noviembre, una vez que el doctor José María Barragán certificó que había muerto, y para despistar a la tropa acerca de esto, obligaron al doctor a que acompañara el cadáver y al cual bajaban de vez en cuando, para indicar que el enfermo deseaba descansar.



Como había una persecución constante y cercana de Chávez García, hubo especial deseo de sus allegados, particularmente de su hermano Carlos, de ocultar la muerte de José Inés, para que no cundiera la desmoralización entre su tropa, de tal modo que el fallecimiento fue comunicado en forma oficial a sus soldados hasta el 14 de noviembre de 1918.

También hubo empeño en ocultar el sitio en donde fue inhumado. Un compadre de Chávez, Jesús Duarte, simuló que lo enterraba en el cementerio de Purépero. Lo supo el enemigo del bandolero, el coronel Pruneda, el cual le hizo confesar donde había enterrado a Chávez, pero al no encontrar más que ladrillos en el ataúd, enfurecido por el chasco, mandó fusilar a Duarte y que lo enterraran en ese cajón.

Finalmente fue sepultado en el sitio que se llama “el Baluarte” sobre las faldas del cerro de La Alberca, a diez kilómetros de Purépero, y a unos treinta metros de distancia de tres capulines y entre dos tepamos, por el mismo dueño del predio Dn. Pedro Martínez, muy

amigo de Chávez García, él y su hijo Marcelino cavaron la fosa, y ahí envuelto en la misma cobija fue depositado cubriendo con tierra y piedras aquel lugar; quemaron también mucho guinúmo y hojarasca para que no se notara la renovación de la tierra y tumbaron por orden de Carlos Chávez García, un gran pino para que las ramas cubrieran la tumba. Todos los presentes juraron que jamás revelarían el sitio donde lo enterraron y el que lo hiciera sería muerto por los demás.

La escolta de ochocientos y tantos hombres que salieron de Purépero, al morir Chávez García, después de aquel alto, en la explanada del “Sauquito” continuaron su camino rumbo a “Llano Grande”, llegando el 12 de noviembre, donde se les reunieron: Carlos Chávez García hermano de José Inés, el asistente y uno que otro miembro del Estado Mayor, que participaron en la inhumación.

El 13 de noviembre acamparon en los llanos de Cincíro y ahí al siguiente día 14, se formó toda la tropa y se les avisó que el general había muerto.

Don Eliseo Caballero Melgoza, vecino de Purépero, tuvo la curiosidad de llevar una “lista de las personas que habían muerto desde el año 1916”; con el número 42 correspondiente al 11 de noviembre de 1918, aparece este asiento:

“José Inés Chávez García”,

-Terrible revolucionario, que por gracia de Dios NO perjudicó a Purépero.

Aquí murió.

### **CORRIDO DE JOSE INES CHAVEZ GARCÍA**

Viva don Inés y su compañía  
que se ha lucido en tanta batalla!

Que con valor les decía:

-¡No le temo a la metralla!

<...>

Con fecha día quince de abril

amanecer dieciséis

ha tomado a La Piedad

el general don Inés.

<...>

De Zacapu los sucesos,

escuchen con atención

el sentido de estos versos

que les canto en la ocasión.

<...>

Pueblo Nuevo infortunado

qué triste es tu situación

pues don Inés lo ha quemado

sin tenerle compasión.

<...>

## Bibliografías:

- Apatzingán. *Manuel Rueda Silva*  
Apuntes Biográficos de José Inés Chávez García. *Autor desconocido.*  
Apuntes para la historia de Michoacán. *Coronel Manuel Barbosa.*  
Árbol Genealógico de la familia Díaz Barriga. *Ignacio M. Torres Díaz.*  
Ario de Rosales. Monografía de *Pablo G. Macías.*  
Breve guía histórica de la ciudad de Pátzcuaro. *Julián Bonavit y Carlos Treviño.*  
Cédulas Reales de 1537 y 1609.  
Cotija, un pueblo y una época inserta. *León Tinajero Villaseñor*  
Crónica de la erección de la Colegiata. *Rafael Nambo Mendoza.*  
Crónica de Michoacán. *Archivo General de la Nación.*  
Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España. *Fco de Icaza.*  
Diccionario de Historia y Biografía. *Porrúa.*  
Documentos para la historia de la ciudad de Valladolid. *Ernesto Lemoine Villicaña*  
Don Antonio de Mendoza. *Gustavo Ávalos Guzmán.*  
El Apóstol de Casas Viejas. *Francisco García Urbizu.*  
Elementos de Tarasco antiguo. Términos del Parentesco común entre Tarascos y Zuñi, en cuadernos del Instituto de Investigaciones históricas, Serie Antropológica 3. México 1957. *Mauricio Swadesh.*  
Enciclopedia de México. Tomo IX  
Familias y Casas de la Vieja Valladolid. *Gabriel Ibarrola Arriaga*  
Fundación de Pátzcuaro 1573.  
Historia de Michoacán.  
Historia genealógica de las familias más antiguas de México. *Ricardo Ortega y Pérez Gallardo.*  
Historia General de las familias más Antiguas de México. *Ricardo Ortega y Pérez Gallardo*  
Información Genealógica. *Archivo General de la Nación.*  
La Nobleza Indígena de Pátzcuaro en la época virreinal. *Delfina Esmeralda López Sarrelangue*  
Libro de asientos de la gobernación de la Nueva España.  
Los Municipios de Michoacán. *Colección Enciclopédica de los Municipios de México.*  
Memorias de un colono. *Ezio Cusi*  
Memoria sobre la situación económica-social de la Nueva España. *Fray Antonio de San Miguel.*  
Memorias del Reino Tarasco. *Constantino Huitziméngari.*  
Michoacán: Monografía histórica  
Michoacán: visto desde fuera....  
Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán. *Dr. J. Gpe Romero.*  
Relación de la Huacana. *Ernesto Lemoine Villicaña.*  
Relación de Michoacán. *Delfina Esmeralda López Sarrelangue*  
Relación de Pátzcuaro. *Ernesto Lemoine Villicaña.*